

UNIVERSIDAD ACADEMIA DE HUMANISMO CRISTIANO

Carrera de Psicología

ESCRITURAS DE DUELO:
UN ESTUDIO APROXIMATIVO

Profesor Guía: Juan José Soca

Profesor Metodólogo: Álvaro Gaínza

Profesor Informante: Daniela Mironne

Alumnos: Pablo Brodsky y José Luis Cerda

Tesis para optar al grado de Licenciado en Psicología y Título de Psicólogo

Santiago, octubre 2007

INDICE

RESUMEN	5
1. INTRODUCCION	6
1.1. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA	11
1.2. APORTES Y RELEVANCIA DE LA INVESTIGACIÓN	23
1.3. FORMULACIÓN DEL PROBLEMA Y PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN	25
2. OBJETIVOS.....	31
2.1. OBJETIVO GENERAL.....	31
2.2. OBJETIVOS ESPECÍFICOS	31
3. MARCO TEÓRICO	33
3.1. TRAUMA.....	35
3.2. PULSIÓN	39
3.3. LO REAL, LO IMAGINARIO Y LO SIMBÓLICO. EL SIGNIFICANTE.....	47
3.4. ESCRITURA	58
3.5. DUELO.....	71
3.5.1. <i>“Duelo y Melancolía”, de Sigmund Freud</i>	<i>71</i>
3.5.2. <i>Perspectivas Contemporáneas sobre el Duelo.....</i>	<i>81</i>
3.6. A MODO DE RESUMEN	84

4. MARCO METODOLÓGICO	86
4.1. ENFOQUE METODOLÓGICO	86
4.2. TIPO DE ESTUDIO Y DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN	88
4.2.1. <i>Tipo de Estudio</i>	88
4.2.2. <i>Diseño de Investigación</i>	89
4.2.3. <i>Universo y Muestra</i>	92
4.2.4. <i>Técnicas de Recogida/Producción de Información</i>	93
4.2.5. <i>Técnicas de Análisis de la Información</i>	96
5. ANALISIS DE TEXTOS	103
5.1. ¿PARA QUÉ ESCRIBE EL SUJETO DE LA ESCRITURA?	104
5.1.1. <i>Esquema del Duelo</i>	105
5.1.1.1. <i>Lugares</i>	106
5.1.1.1.1. <i>Sujeto</i>	106
5.1.1.1.2. <i>Muerte del Hijo</i>	109
5.1.1.1.3. <i>Otro materno</i>	110
5.1.1.1.4. <i>Escritura</i>	113
5.1.1.2. <i>Relaciones</i>	116
5.1.1.3. <i>Bloqueo</i>	121
5.2. ¿DE QUÉ FORMA LA ESCRITURA SE ACERCA A LA MUERTE DEL HIJO?	122
5.2.1. <i>Esquema Significante Principal</i>	123
5.2.1.1. <i>Significante Principal en “Los puentes de oro”</i>	124

5.2.1.2. <i>Significante Principal en “Cris o la plenitud del vacío”</i>	126
5.3. ¿CÓMO SE ESTRUCTURAN LOS DOS TEXTOS ANALIZADOS?.....	129
5.3.1. <i>Cadenas de significantes en “Los puentes de oro”</i>	129
5.3.2. <i>Cadenas de significantes en “Cris o la plenitud del vacío”</i>	133
6. CONCLUSIONES	140
7. BIBLIOGRAFÍA	144

a Margarita Vera,
por su apoyo y paciencia

a Isabel Vera y Adriana Jiménez,
quienes confiaron en nosotros

RESUMEN

Se analizó la escritura de 2 libros escritos por madres que han perdido un hijo adolescente, en un evento violento. Este análisis se centró en el discurso presente en dicha escritura.

En el marco teórico se articularon los conceptos de trauma, pulsión, significante, escritura y duelo, desde una perspectiva psicoanalítica, con énfasis en las teorías de Sigmund Freud y Jacques Lacan. Se incluyeron, asimismo, otras miradas teóricas sobre el proceso de duelo, recogiendo además elementos de la literatura especializada.

El marco metodológico utilizado corresponde al de la investigación cualitativa, desde el paradigma complejo, y el instrumento de recolección de información fue el de recopilación documental. La técnica de análisis de la información recopilada fue la del análisis de discurso.

El estudio se efectuó identificando el significante principal de cada texto y la cadena de significantes presente en algunos de los capítulos de los libros analizados. Por otra parte, la investigación dio cuenta de un esquema general del duelo, para este tipo de casos.

1. INTRODUCCION

Comprender la muerte como parte del ciclo de la vida (vida-muerte) resulta menos evidente que la afirmación de que todo lo que vive tiene que morir. Probablemente, son muchos los factores que inciden en que consideremos la muerte como algo ajeno y distante, algo que produce temor y que se esquivo. Entre esos factores podemos señalar la cultura, con sus representaciones del dolor -físico y psíquico- y de la pérdida, las idealizaciones existentes sobre la vida después de la muerte, la decadencia biopsíquica de quienes están más cerca de la muerte, la exacerbación a la categoría de icono de la vitalidad y belleza juvenil, así como al distanciamiento que nuestras sociedades han creado respecto al ciclo evolutivo de la especie, con sus procesos de sobrevivencia y muerte.

La muerte siempre será un evento de primera importancia y significación para todo sujeto: es lo único de lo que estamos verdaderamente seguros, aunque ignoremos el día y la hora en que ocurrirá. Si ésta es experimentada por una madre, a raíz del deceso violento, inesperado y prematuro de uno de sus progenitores, puede provocar un brusco y fuerte cambio en su vida, tanto en el ámbito personal, familiar o laboral, como en el área psíquica y relacional. Y también tiene una significación social

importante, tanto así que para Thomas *“sólo hay muerte verdadera cuando ésta es reconocida socialmente: ‘esto atañe no sólo al problema de los signos o pruebas de la muerte (...), sino también y sobre todo a la autoridad que está habilitada para autentificarlos en el triple plano de la realidad de la muerte, de la naturaleza exacta de sus causas, y de las circunstancias de lugar, de los medios y maneras cómo ocurrió’. El ser amado que ha muerto es, en palabras del autor, un ‘ausente/presente’ (ausente, puesto que ha desaparecido, y presente, ya que ocupa la conciencia de los sobrevivientes)”* (Thomas, L. V., 1993, citado en Díaz y Rolla, 2006, p. 20 y 21).

Para un hijo, en el marco de nuestra cultura, la muerte de los padres es el resultado de un proceso “natural” de toda existencia, sobre todo si ella se produce cuando éstos han alcanzado la vejez. Nuestro idioma tiene un nombre para llamar a ese hijo, un concepto que le da significado y le permite ingresar en la red de sentidos sociales. Este nombre es el de “huérfano”. Cuando un padre o una madre pierden a un hijo o a una hija, la lengua se queda huérfana de nombre, como si se tratase de una experiencia antinatural, sólo permitida a los dioses y a los grandes héroes mitológicos.

En las sociedades contemporáneas, la expresión de los sentimientos que gobiernan al sujeto durante un proceso de duelo se ha extendido por

quienes viven esa experiencia. Ginette Rimbault, en un libro que analiza la experiencia de quienes han perdido un hijo y que han plasmado su dolor en un texto, nos refiere que *“es exacto que los relatos de muertes de hijos se han hecho cada vez más frecuentes, mientras que antaño estaban reservados a los grandes poetas y trágicos de la Antigüedad, a los memorialistas”* (Rimbault, G., 1997, p. 164). Actualmente, por tanto, es más común encontrar textos que relaten el proceso de duelo de sus autores.

Asimismo, quienes han experimentado la muerte de un hijo encuentran en la sociedad civil espacios de encuentro y de ayuda que eran inimaginables hace cincuenta años. Sólo para mencionar un ejemplo, existe en nuestro país la organización Renacer, cuyos miembros son madres y padres que han sufrido esa experiencia, y que agrupa a decenas de ellos. Como otras agrupaciones *“que ayudan a los padres a salir adelante frente a lo que significa la pérdida de un hijo (...), en Chile se gestó la Corporación Renacer, fundada en octubre de 1993 por Karen Jones, Roseanne Pritchard y Lidia Lasarte, quienes toman el modelo de “The Compassionate Friends” implementado en Inglaterra y Estados Unidos, cuyo objetivo es acoger a padres en duelo. En Chile el objetivo también es acoger a padres que están viviendo el proceso de duelo, sin importar edad, nivel socioeconómico, ni la forma en que murió el hijo y el tiempo que ha pasado desde la muerte”* (Díaz,

L. y Rolla, X., 2006, p. 10). Sin duda, estos espacios son necesarios para la significación social del duelo, mencionada por Thomas.

La autora de uno de los textos que analizaremos lo expresa con las siguientes palabras: “... *Renacer fue un refugio al comienzo y, hoy día, es muchas cosas (...). Tenemos un código y un lenguaje especiales: el lenguaje del dolor por pérdida de uno o más hijos. Es un lenguaje de miradas, formas de sentarse en la silla, de hablar y de no hablar, donde la comprensión es inmediata. Aquí no se explica nada, el dolor es como una cinta de colores, a veces muy oscuros y otras muy claros, que nos recorre, nos une y nos ata (...). Dolor, amor, entendimiento, comprensión, cariño, abrazos calentitos, miradas. No necesitas saber nada más del otro, aparte de la razón por la cual está ahí, para saber y comprender lo que le pasa. Y eso basta, ya no eres tan paria*” (Vera, I. 2003, p. 91-2).

Algunas de esas madres han tenido el valor y la fortaleza para expresar su dolor, transcribiéndolo a un texto que han decidido mostrar para que sirva de consuelo y de ayuda a otros padres que se han visto en el difícil trance de vivir la muerte de un hijo. Se trata de creaciones realizadas en los momentos de más intenso sufrimiento y desgarró existencial y, por lo mismo,

donde el dictado de la escritura pareciera venir de zonas no conscientes ni racionales.

En efecto, se trata de relatos que, por una parte, cruzan desde el mundo más profundo e interno a aquel más visible y fenomenológico, hundiéndose y emergiendo como un gran animal hecho de dolor. Por otra parte, se trata de textos que plantean permanentemente su posibilidad de comunicación. Porque, en estos casos, lo escrito en las hojas de un cuaderno o de un computador responden a la más ardiente necesidad, y son de una honestidad y valentía sólo vista en textos poéticos. Se trata, en suma, de una experiencia que ha sido vivida y relatada para no ser contada, como el más amado e íntimo de los secretos. Porque se trata de una experiencia que nunca se hubiese querido vivir.

Pensamos que estos testimonios nos entregarán claves fundamentales para comprender lo que es un proceso de duelo y, mejor aun, para que quien pierda lo más amado, pueda recuperar el sentido de la vida.

El presente estudio pretende abordar las distintas etapas que conlleva el proceso de duelo y las diferentes maneras de llevarlo a cabo, teniendo

como centro las producciones escritas de madres que han perdido a sus hijos adolescentes.

1.1. Planteamiento del Problema

Desde sus comienzos, podemos encontrar una consideración amplia y genérica del concepto *duelo*, ya que la palabra tiene un origen latino: *dolus*, refiriéndose al dolor. De allí que el Diccionario de la Lengua Española la defina como “*dolor, lástima, aflicción o sentimiento*” (Real Academia Española, 1992, p. 781), en su primera acepción. Si analizamos, aunque sólo sea muy someramente, lo que nos dicen cada una de estas voces, veremos que *dolor* se refiere tanto a una sensación de molestia y aflicción de alguna parte del cuerpo debido a una causa interior o exterior, como a un sentimiento de pena y congoja. Por su parte, la palabra *lástima* nos habla del “*enternecimiento y compasión excitados por los males de otros*” (Real Academia Española, 1992, p. 1232), así como del quejido y lamento del propio sujeto que sufre. *Aflicción*, por último, nos remite al verbo afligir, cuyo significado es “*causar tristeza o angustia moral*”, inquietar, preocupar, así como “*sentir sufrimiento físico o pesadumbre moral*” (Real Academia Española, 1992, p. 53).

Hemos hecho esta breve y elemental traducción de significados en torno al vocablo *duelo* con el objeto de señalar que se trata de un significante capaz de remitirnos a múltiples significados, no teniendo, por tanto, una representación única y limitada como fenómeno. Aun así, podemos afirmar que todos o casi todos los significados asociados a la palabra *duelo*, nos refieren a un sentimiento expresado por el sujeto como conducta y cuyas causas pueden ser internas o externas a él.

Podemos analizar el duelo desde la perspectiva de quien pierde a un ser querido, o como si se tratase de cualquier proceso de pérdida –como, por ejemplo, la pérdida de algún ideal o de separación de pareja-, tanto como si analizáramos algún proceso de cambio en la vida del sujeto –por ejemplo, cuando el niño se hace adolescente o cuando éste se hace adulto. En efecto, *“todos los cambios vitales, incluso aquellos deseados, como el logro de la autonomía, el matrimonio o la jubilación implican pérdidas. Con mayor razón aquellos cambios no deseados, tales como separación o divorcio, despido del trabajo, enfermedades crónicas o vejez”* (Bunster, V., s.f., p. 52). Un sujeto puede lamentarse y sentir tristeza por haberse separado de los padres a raíz de la transición que vive en su constitución como adulto autosuficiente; otro puede sentirse angustiado debido a la separación de la amada; y un tercero puede sentir compasión y congoja por no poder vivir las experiencias

que lo hicieron feliz cuando era un adolescente. Todos ellos experimentan *dolus* y están, por lo tanto, en duelo.

Las distintas corrientes de la psicología han abordado el problema del duelo y del proceso de duelo, desde sus propios y particulares enfoques. Entre ellas se encuentra el psicoanálisis, el que explica el presente del sujeto a partir de su pasado, es decir, de las experiencias vividas en sus primeros años de vida. Además, concibe la existencia de un psiquismo inconsciente, el cual *“no es solamente el receptáculo de recuerdos olvidados y vergonzosos reprimidos por el yo y que estarían relegados a la manera en que lo están ciertas obras en el infierno de la biblioteca Nacional de París sino que además, y sobre todo, era el centro activo de deseos y de tendencias vivaces, en lucha constante con fuerzas que tienden a mantenerlas a raya”* (Mueller, F., 1997, p. 381). A Sigmund Freud, padre del psicoanálisis, este conflicto de tendencias *“se le apareció igualmente en esas anomalías de la vida cotidiana a las que llamó en general actos fallidos: olvidos, lapsus, errores de lectura o de escritura, equivocaciones, torpezas, ausencias, etc., que dan testimonio de una intrusión de las tendencias inconscientes en la vida concertada de todos los días”* (Mueller, F., 1997, p. 381).

A principio del siglo XX apareció “Duelo y Melancolía”, uno de los primeros esfuerzos del naciente psicoanálisis para comprender e interpretar los procesos que vive un sujeto que ha “*perdido el objeto amado*” (Freud, S., 1997, p. 2091 y ss.). Su autor nos dice que “*el duelo es, por lo general, la reacción a la pérdida de un ser amado o de una abstracción equivalente: la patria, la libertad, el ideal, etc.*” (Freud, S., 1997, p. 2091). Se trata de las experiencias de pérdida a las que hacíamos mención. Ante ellas, el sujeto se encuentra en un estado que se ha definido como de duelo.

Jacques Lacan, psiquiatra y psicoanalista francés, se pregunta si “*¿tiene la vida algo que ver con la muerte? ¿Puede decirse que la relación con la muerte soporta, subtiende, como la cuerda el arco, el seno del ascenso y el descenso de la vida?*” (Lacan, J., 2005, p. 351). Es importante que esta pregunta se formule desde la propia experiencia, nos dice Lacan.

En efecto, la relación de la vida y la muerte está referida en diversos textos que nos hablan de duelo y de dolor, desde la propia experiencia o desde el análisis de la experiencia de otros que sí han sufrido una pérdida significativa. “Sol negro, depresión y melancolía”, de Julia Kristeva, por ejemplo, corresponde a la primera categoría de textos: “*Muerte venganza o muerte redención, será en lo sucesivo el umbral interno de mi agobio, el*

sentido imposible de esta vida cuyo peso me parece a cada rato insostenible, excepto los momentos en que me movilizo para encarar el desastre” (Kristeva, J., 1991, p. 10). Por el contrario, “La muerte de un hijo”, de Ginette Raimbault, da cuenta de los textos escritos por grandes artistas que han perdido uno o varios hijos, desde el escritor francés Víctor Hugo hasta el guitarrista Eric Clapton, pasando por Gustav Mahler, Stéphane Mallarmé, Isadora Duncan y otros. Pero ambos tipos de textos tienen como base y fundamento la experiencia del duelista, es decir, la experiencia personal.

Nuestra investigación se referirá específicamente a la pérdida por muerte o fallecimiento, desde la mirada psicoanalítica. Entenderemos, en consecuencia, por *objeto amado* al sujeto fallecido, cuya pérdida debe ser elaborada por un sujeto significativo o cercano, a través de un proceso de duelo. Y corresponderá a un análisis de los discursos que han sido expresados a través de la escritura, desde la experiencia de la pérdida, donde la pregunta de Lacan resuena en sus páginas: “*la vida es la condena, y ahora que no estás lo tengo más claro que nunca. ¿Qué lugar ocupamos en este universo? ¿Quién sabe?*” (Vera, I., 2003, p. 84).

Otro aspecto importante a considerar es que la pérdida del objeto amado, cuando éste es un hijo, tiene implicancias específicas pues impacta

de una manera diferente y particular a la madre. En el discurso psicoanalítico la madre es el *“primer deseante del sujeto, ese Otro imprescindible para que el niño viva y que asegura y posibilita su supervivencia corporal”* (Vilches, V., 2003, p. 64). El recién nacido necesita de su madre para sobrevivir, es decir, para la satisfacción de sus necesidades *“necesita la mediación y el cuidado maternal (...). Todas las satisfacciones del recién nacido derivan de las satisfacciones auditivas, olfativas, visuales, orales vinculadas con la presencia de la madre. Olfato y oído serán las percepciones que mediarán la relación de la díada nutricia”* (Vilches, V., 2003, p. 64). Esta primera y fundamental dependencia del niño respecto a su madre, hará que éste se identifique con ella, transformándose en su primer Otro significativo. Esta dependencia del niño, que Lacan señala como $\$$, es *“la necesaria dependencia del sujeto respecto al Otro en cuanto tal”* (Lacan, J., 2006, p. 32). Para la madre, su hijo será el objeto de su deseo, y buscará una unidad edénica con él: Al mismo tiempo que satisface todas sus necesidades corporales, *“ella lo ubica en el lugar de su propia falta (...). Se trata, en definitiva, de hacer uno, unidad de significación del falo que le falta a la madre. Esta unidad ficticia no es terrestre, aunque busque sin embargo materializarse a través del cuerpo. El niño viene de este modo a ubicarse en el lugar de la envidia del pene definida por Freud, envidia que comanda el*

deseo de tener un hijo. La madre no tiene el falo y es a esa nada que el sujeto está llamado a identificarse” (Soca, J. J., 2006c, p. 9).

Más adelante desarrollaremos este importante punto. Por ahora sólo diremos que dependencia e identificación es lo que se juega en la relación de la madre con su hijo, y de éste con su madre, lo que nos habla de un vínculo exclusivo y diferenciado de otros, haciendo más significativa para la madre la pérdida de su hijo.

También nos parece importante señalar, aunque sea a grandes rasgos por ahora, que para nuestro estudio hemos optado por analizar los textos de dos madres que han escrito su proceso de duelo, es decir, hemos elegido trabajar sobre la base de textos escritos y no sobre entrevistas realizadas a madres que han perdido un hijo adolescente en un evento violento o traumático, porque lo escrito *“no es únicamente un accidente de nuestra historia, es decir, un fenómeno que apareció hace algunos millones de años y que conoció ese galopante desarrollo hasta la actualidad (...), sino que no podemos deshacernos de esta presencia de la letra en nuestro funcionamiento psíquico, ya sea que pertenezcamos a una población de cultura oral o de cultura escrituraria, como se dice” (c, C., 2002, p. 47).*

Siguiendo a Melman, podemos decir que hay dos vías para validar un propósito: a) Que ese propósito sea hablado, que se enuncie. Para que se valide lo que dice, hay que validar al locutor como autoridad. Así, hay alguien que lo dice, *“entonces, se trata del poder de la enunciación”* (Melman, C., 2002, p. 48); b) Que la enunciación se transforme en enunciado. Con ello ya no cuenta el locutor, es decir, que haya alguien que sostenga la enunciación, *“sino la consistencia del enunciado”* (Melman, C., 2002, p. 48).

De acuerdo a la primera vía, la de la enunciación, el talento del locutor puede hacer creer muchas cosas que carezcan de lógica y coherencia. Pero en la segunda vía, la del enunciado, su consistencia apela a la escritura. Esto es así porque, primeramente, *“no hay lógica sin escritura. La lógica, es decir, lo que da consistencia no solamente de apariencia intuitiva, sino consistencia real a un enunciado, implica la escritura (...), el uso de la escritura (va) a la par con el establecimiento de poderes políticos fuertes y (ha) sido uno de los grandes medios para instaurar, para mantener, para perpetuar dinastías. Los primeros escritos que tenemos conciernen precisamente a ¿qué? Primero a la contabilidad y además también al derecho, a la legislación...”* (Melman, C., 2002, p. 48-9). El código, por ejemplo, en un principio fue hecho de enunciaciones, es decir, había locutores para decirlo. La presencia de esos locutores quedó borrada *“y ya no queda sino el texto que podría, en últimas, presentarse como anónimo o como acéfalo”* (Melman, C., 2002, p. 49).

De acuerdo a la metodología que hemos elegido, la de análisis de discurso, estudiaremos los textos de dos madres que han perdido a sus hijos buscando los elementos estructurales referidos al proceso de duelo que experimentaron y que se inscribieron en esa escritura. Así, no es el hablante y su poder de enunciación lo que analizaremos, es decir, la enunciación, sino el enunciado mismo, más allá de quienes lo firman. Analizaremos este enunciado como un discurso atravesado por el inconsciente, capaz de entregarnos algunas luces del funcionamiento psíquico del sujeto ante la pérdida de objeto, tal como lo hemos definido hasta aquí. De esta manera, buscaremos los significantes que den cuenta del mundo simbólico e imaginario de sus autoras, puesto que la escritura del proceso de duelo responde a un trabajo significativo que busca cubrir la herida dejada por la pérdida del objeto amado. Al igual que el punto anterior, más adelante retomaremos esta importante cuestión para nuestro trabajo.

Por último, señalaremos algunos antecedentes importantes para nuestro trabajo, como las Tesis de pre-grado “Estudio exploratorio-descriptivo: algunas experiencias de duelo en niños/as, desde su subjetividad: pérdida del padre y conformación de una nueva familia” (Godoy, I. y Gutiérrez L., Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Carrera de

Psicología, Santiago 09 de julio de 2004), y “Los procesos de elaboración del duelo en madres, pertenecientes a la Corporación Renacer, que han perdido de manera abrupta a uno de sus hijos” (Díaz, L. y Rolla, X., Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Carrera de Psicología, Santiago Marzo 2006). La primera de ellas la trataremos como si de un contrapunto se tratara, ya que el duelo del hijo tiene su otra cara en el duelo de la madre. Las autoras de dicho estudio lo señalan al referirse a la pérdida del padre, ya que *“necesariamente estamos hablando de la pérdida del hijo, porque se lleva un trozo de sí. Por tanto, se puede afirmar que estas pérdidas son recíprocas”* (Godoy, I. y Gutiérrez, L., 2004, p. 90). La segunda Tesis, al igual que la nuestra, también estudia los procesos de duelo de madres que han perdido un hijo de manera abrupta o violenta, aunque existen importantes diferencias entre una y otra. Por de pronto, ambas Tesis tienen distintos objetivos, tanto generales como específicos.

Pero la diferencia más importante radica en las técnicas y recolección de la información, es decir, en la metodología aplicada a una y otra Tesis. En “Los procesos de elaboración del duelo en madres, pertenecientes a la Corporación Renacer, que han perdido de manera abrupta a uno de sus hijos” se utilizaron entrevistas en profundidad de carácter semiestructurado, haciendo un análisis que permitiera separa y priorizar los *“elementos de los*

discursos vertidos en entrevistas individuales o grupales”, de manera de “reconocer y diferenciar los tópicos y lugares comunes que aparecen en los dichos de los sujetos convocados” (Díaz, L. y Rolla, X, 2006, p. 59). En la presente Tesis, se recurrirá a las técnicas de análisis del discurso contenido en los dos textos que se revisarán, ya que buscamos conocer lo que nos dicen esos libros. Nuestra pretensión es acercarnos al *sentido* de esos textos, analizarlos desde la comprensión de un *sentido subjetivo*, donde existe un otro que escribió con una intención determinada: “*El sentido no es un dato sino una construcción social y, más precisamente, comunicativa o dialógica; no se trata pues, de un ‘objeto’ sino del proceso mismo en que la relación intersubjetiva se expresa*” (Delgado, J. M., Gutiérrez, J., 1995, p. 427). Así, entenderemos que el sentido es interpretable, interpretación de sentido que es, precisamente, la función principal del análisis del discurso, ya que “*el análisis del discurso aparece como la disciplina que estudia el lenguaje en tanto actividad inserta en un contexto que produce unidades transoracionales*” (Maingueneau, D., 2005, p. 33), donde es el lenguaje quien debe ser develado para dicha comprensión de sentido.

Respecto a los objetivos de ambas Tesis, la nuestra tiene por objetivo general analizar, desde una mirada psicoanalítica, lo que nos dice sobre la muerte y el proceso de duelo la escritura producida por madres que han

perdido a sus hijos (de entre 15 y 21 años) por muerte violenta o traumática. En cambio, la Tesis “Los procesos de elaboración del duelo en madres, pertenecientes a la Corporación Renacer, que han perdido de manera abrupta a uno de sus hijos” tiene por objetivo general *“conocer los procesos de elaboración del duelo de madres pertenecientes a la Corporación Renacer, que han perdido de manera abrupta a uno de sus hijos”* (Díaz, L. y Rolla, X, 2006, p. 17). Asimismo, nuestros objetivos específicos son *identificar los aspectos más relevantes, en torno a la díada vida/muerte, en la escritura de los textos de madres que han perdido un hijo (de entre 15 y 21 años) en un evento traumático; comparar los aspectos semejantes y distintivos, en torno al proceso de duelo, en la escritura de los textos de madres que han perdido un hijo (de entre 15 y 21 años) en un evento traumático; e identificar las cadenas de significantes, referidas a la relación con el duelo, en la escritura de los textos de madres que han perdido un hijo (de entre 15 y 21 años) en un evento traumático.* Por el contrario, la Tesis a la que hacemos referencia tiene por objetivos específicos *“investigar cómo las madres viven su maternidad luego de la muerte de un hijo (a); indagar cómo el proceso de duelo afecta la relación de la madre con el padre del hijo (a) fallecido (a); indagar cómo la muerte del hijo (a) afecta la relación de la madre con sus otros hijos (as); investigar qué ha significado para las madres participar en una Corporación que acoge a padres en duelo”* (Díaz, L. y Rolla,

X., 2006, p. 17). De esta manera, pueden verse las diferencias entre ambos estudios, aunque nos parece que pueden ser complementarios.

1.2. Aportes y Relevancia de la Investigación

Nuestra investigación busca conocer, desde el discurso escrito, es decir, desde la escritura del proceso de duelo, las articulaciones de los significantes presentes en la subjetividad de dos madres que han escrito libros a raíz de la muerte de un hijo. Estos libros son “Cris o la plenitud del vacío” y “Los puentes de oro”. Nuestro análisis nos permitirá reconocer cómo es simbolizada la pérdida y cómo el sujeto en duelo recupera el sentido de su vida, después de un evento tan devastador y desolador.

Pensamos que el análisis del discurso escrito por dos madres en proceso de duelo por la pérdida de un hijo en un evento traumático o violento, permitirá reconocer el proceso de sanación de una herida que pareciera imposible o muy difícil de cicatrizar.

Pensamos, asimismo, que la presente investigación puede tener una relevancia teórica y reflexiva que ayude a una escucha específica en la clínica de pacientes con duelo o que estén experimentando un proceso de duelo. Es así como, desde la perspectiva freudiana del inconsciente, la que

supone “*que la acción del hombre, ya sea ésta sana o enferma, normal o mórbida, tiene un sentido oculto al que se puede llegar*” (Lacan, J., 2005, p. 271), intentaremos reconocer esa dimensión a través de la cadena de significantes puestos en juego en los textos en cuestión. Resulta importante considerar el trabajo de escritura que hay en ellos como una necesidad inapelable e incuestionable de sus autoras, necesidad que tiene relación con ese “sentido oculto” de que nos habla Lacan. Es, precisamente, en esa dimensión, que “*se concibe de entrada la noción de una catarsis que es purificación, decantación, aislamiento de planos*” (Lacan, J., 2005, p. 271).

¿Cómo no ver en estos libros una purificación del dolor sufrido a raíz de la tragedia experimentada? A través de los significantes que, como capas de tela de cebolla, van siendo depositados topográficamente sobre la extensa herida que produjo la pérdida del objeto amado, el sujeto va recuperando lentamente el sentido de su vida y de sus relaciones interpersonales. Por ello pensamos que nuestra investigación ayudará a tener una nueva escucha en la clínica, una que revele los aspectos más significativos del trabajo del inconsciente por recuperar el deseo de vida del sujeto.

Además, pensamos que, fruto de nuestra investigación, podríamos comprender el aporte terapéutico que tiene la escritura como instrumento sanador en el proceso de duelo. El caso del poeta francés Stéphane Mallarmé nos parece relevante en este sentido. Anatole Mallarmé murió a los siete años de edad, y su padre redactó numerosos escritos que, después de su muerte, fueron publicados con el título “Una tumba para Anatole”. En ellos *“expresa todos los aspectos del drama que acaba de vivir y sigue viviendo, para reconstruir finalmente un mundo en que el niño desaparecido está integrado a la vida creadora de su padre (...). Las idas y venidas de un esfuerzo de simbolización y luego de síntesis reparadora forman la textura de la Tumba”* (Raimbault, G., 1997, p. 201).

1.3. Formulación del Problema y Pregunta de Investigación

A fines de agosto de 1999, Cristián Sahli Vera, sobrino político de uno de los autores del presente estudio, falleció a causa de un accidente automovilístico a la edad de 18 años. Su madre, a instancias de su terapeuta, escribió todo aquello que sintió y pensó durante su proceso de duelo. Al cabo de un año de escritura, le entregó los originales a uno de los estudiantes de esta Tesis, solicitándole que editara el texto para su publicación en formato de libro. Dicho trabajo fue realizado en el curso del año 2002. El libro vio la luz el año 2003.

Las relaciones que la autora del libro, Isabel Vera Giusti, mantenía con la Agrupación *Renacer*, permitieron que el texto fuese conocido entre sus miembros. Y ello llevó a que Adriana Jiménez, madre que perdió a su hijo adolescente en un accidente aéreo, llamara al “editor” del libro anterior para que la ayudara con lo que había escrito. Se trataba, igualmente, de los pensamientos y sentimientos que experimentó durante su proceso de duelo. El libro, finalmente, fue autoeditado por su autora el año 2004.

Fue así como uno de los alumnos firmantes de la presente Tesis participó activamente como editor de los dos libros que forman parte sustantiva del estudio que emprenderemos. Se trata de dos registros testimoniales, a través de la escritura, del proceso de duelo experimentado por dos madres de hijos fallecidos en accidentes trágicos y violentos. Es importante señalar, asimismo, que hay un involucramiento incuestionable de parte de quien hizo de “editor” de ambos libros ya que, en el primer caso, se trató del fallecimiento de un joven relacionado familiarmente con él y, en el segundo caso, se creó una relación afectiva con la familia del joven muerto en el accidente de aviación. La relación de los textos con los investigadores considera dicho involucramiento, aunque también considera que uno de los alumnos tesistas mantiene una distancia significativa con ellos, lo que

permitirá una mixtura entre involucramiento y distanciamiento al momento de analizarlos.

Nos parece necesario acotar el concepto de duelo para el presente trabajo. Entenderemos por *duelo* aquel proceso psíquico que experimenta el sujeto que ha perdido, por causa de muerte, a un sujeto significativo para él. Y éste corresponde a las respuestas que siguen a dicha muerte. Se trata, entonces, de pérdidas irreparables y dolorosas, a veces prematuras e inesperadas. Esta definición nos aleja de las separaciones donde los involucrados continúan con vida, así como de las transiciones que un sujeto experimenta durante su ciclo de vida. Por último, nos distancia del proceso psíquico que genera en un sujeto la pérdida de un ideal de vida y, en general, de toda pérdida sufrida a excepción de aquella originada por la muerte de un sujeto significativo.

Una vez definido el primer concepto de nuestro estudio, nos encontramos con otra dificultad. El proceso de duelo vivido por un sujeto, en los términos en que lo hemos señalado, es sólo una parte de lo que nos interesa. Si resulta difícil definir el duelo por la amplitud de su significado, más complejo aun resulta realizar un estudio sobre las producciones creadas por sujetos que han vivido bajo esa experiencia.

Porque no sólo nos interesa indagar en el proceso de duelo sino, más específicamente, en el duelo experimentado por madres a raíz de la pérdida de un hijo. Y no de cualquier hijo, sino de un hijo adolescente, es decir, de entre 15 y 21 años de edad, fallecido por alguna causa violenta, como accidente o suicidio. Y, más delimitadamente aun, nos interesa conocer lo que nos dicen las producciones escritas por esas madres durante su proceso de duelo.

Nos parece necesario explicitar lo anterior. En primer lugar, como se ha señalado, nuestro objeto de estudio no es el duelo como concepto ni como proceso abstracto, sino el duelo como una experiencia concreta, experimentada por sujetos que han perdido a un ser significativo para sus vidas. En segundo lugar, nuestro interés más específico radica en las creaciones que esos sujetos son capaces de realizar durante su proceso de duelo, creaciones que utilicen como soporte la escritura y el lenguaje escrito. A través de esas producciones queremos analizar las descripciones que sobre la muerte y el proceso de duelo hacen las deudoras, indagar sobre el o los sentidos que se le asignan a la vida y a la muerte. En tercer lugar nos interesa analizar los libros “Cris o la plenitud del vacío” y “Los puentes de oro”, ya que ambas autoras son terapeutas y trabajan profesionalmente en el área de la psicología, amén de lo señalado anteriormente respecto a la

participación que tuvo uno de los alumnos tesistas en la realización final de ambos textos, en formato de libros. Este aspecto es relevante ya que ellas tienen acceso al saber de la disciplina y, por tanto, a los instrumentos que ésta otorga para enfrentar un proceso de duelo. Tanto la autora de “Cris o la plenitud del vacío” como la de “Los puentes de oro” tienen una vasta experiencia terapéutica. Y ambas perdieron hijos adolescentes, razón por la cual nuestra investigación sólo considerará los escritos de estas dos madres, las que han perdido un hijo adolescente en forma violenta o traumática.

Entonces, nuestra pregunta de investigación será **¿qué nos dice sobre la muerte y el proceso de duelo la escritura producida por madres que han perdido a sus hijos (de entre 15 y 21 años) por muerte violenta o traumática?**

Existen en nuestro país algunos textos escritos por madres que relatan el proceso de duelo vivido a raíz de la pérdida de un hijo o una hija adolescente. Entre ellos se encuentran “Paula”, de la escritora Isabel Allende; “Un hijo no puede morir”, de la periodista Susana Rocatagliata; y “Oraciones de Yin y por Yin”, de nuestra Premio Nobel de Literatura, Gabriela Mistral. Aunque se trate de relatos, los dos primeros no corresponden a la muerte de un hijo adolescente, ya que la hija de Isabel Allende, Paula, tenía

29 años al morir, y el hijo de Susana Rocatagliata, Francisco, sólo tenía 5 años. Por su parte, “Oraciones de Yin y por Yin” es un texto escrito en verso y, aunque da cuenta del dolor y del sufrimiento de su autora por la muerte violenta de su sobrino-hijo de 20 años, no responde al criterio de ser un relato que nos hable del proceso de duelo a raíz de esa pérdida. De esta manera, ninguno de los tres textos cumple con los criterios que nos hemos planteado para nuestra investigación, aunque unos lo hagan en algún aspecto y otros lo hagan en otro.

En cambio, los libros “Los puentes de oro”, de Adriana Jiménez (Jiménez, A., 2004), y “Cris o la plenitud del vacío”, de Isabel Vera (Vera, I., 2003), cumplen cabalmente con los criterios que nos hemos propuesto para la presente investigación.

El primero de ellos relata la experiencia vivida por la muerte de Claudio, un joven adolescente de 21 años, quien falleció en un accidente aéreo ocurrido en las cercanías de Arequipa, Perú, en el año de 1996. Su madre, Adriana Jiménez, se dejó llevar por los recuerdos, vivencias y percepciones para escribir un texto que tomó una forma atemporal, donde el lector se encuentra con episodios cuya secuencia cronológica no corresponde a la secuencia temporal que habitamos comúnmente. Por su

parte, “Cris o la plenitud del vacío” nos relata el proceso de duelo vivido por su madre a raíz de la muerte de su hijo Cristián, de 18 años, en un accidente de automóvil ocurrido una madrugada del mes de agosto de 1999.

2. OBJETIVOS

2.1. Objetivo General

Analizar, desde una mirada psicoanalítica, lo que nos dice sobre la muerte y el proceso de duelo la escritura producida por madres que han perdido a sus hijos (de entre 15 y 21 años) por muerte violenta o traumática.

2.2. Objetivos Específicos

Identificar los aspectos más relevantes, en torno a la diada vida/muerte, en la escritura de los textos de madres que han perdido un hijo (de entre 15 y 21 años) en un evento traumático.

Comparar los aspectos semejantes y distintivos, en torno al proceso de duelo, en la escritura de los textos de madres que han perdido un hijo (de entre 15 y 21 años) en un evento traumático.

Identificar las cadenas de significantes, referidas a la relación con el duelo, en la escritura de los textos de madres que han perdido un hijo (de entre 15 y 21 años) en un evento traumático.

3. MARCO TEÓRICO

El marco teórico de nuestra investigación lo estructuraremos en base a cinco conceptos que nos parecen fundamentales para el logro de los objetivos planteados en la presente Tesis. Estos son los de trauma, pulsión, significante, escritura y duelo. Cada uno de estos términos será tratado, en un primer momento, de manera independiente, como si se tratase de distintos “objetos” que tuviésemos que definir. Por ningún motivo pretenderemos ser exhaustivos en dichas definiciones, ya que ello excedería los alcances de nuestro análisis. Posteriormente, en el desarrollo del presente trabajo, intentaremos hacerlos interactuar como partes de un todo a lo largo de nuestra investigación.

Hemos elegido estos conceptos porque ellos nos parecen fundamentales para la comprensión del funcionamiento psíquico, de acuerdo a la teoría psicoanalítica, teoría en la que enmarcaremos nuestro análisis. Además, las características de éste los hacen pertinentes y necesarios. En efecto, como se ha mencionado, probablemente la experiencia del fallecimiento de un hijo en forma violenta sea una de las más traumáticas para una madre. Buscaremos en las definiciones que el psicoanálisis le ha dado a este término, qué se dice cuando se habla de trauma y cuál es su

importancia en los procesos de duelo que estudiaremos. Asimismo, el concepto de pulsión -con sus derivaciones a pulsiones de vida, pulsión de muerte, y la relación pulsión-objeto- nos parece fundamental para la comprensión de los procesos de duelo, ya que la pérdida del objeto amado es el dato de realidad más importante en ellos. El concepto de significante, elaborado y trabajado según Lacan y otros autores psicoanalistas, será parte fundamental de nuestra Tesis, puesto que analizaremos los significantes más reveladores, y la cadena signifiante que las autoras de los dos libros han hecho circular en sus escritos. Veremos este concepto en relación a los registros de lo Real, lo Imaginario y lo Simbólico, tal como lo explicitó Lacan en sus trabajos. Asimismo, la significación que tiene la escritura en el contexto de un proceso de duelo también formará parte de nuestro análisis, ya que se trata, precisamente, de indagar en los textos que serán nuestra fuente de información. Y, por último, trataremos el duelo desde la perspectiva teórica del psicoanálisis, analizando lo que al respecto nos dicen sus autores, especialmente el ya citado estudio fundacional de Freud “Duelo y Melancolía”, así como los alcances de Lacan a dicho texto. Incorporaremos, finalmente, lo que nos dicen algunos autores nacionales respecto al duelo y al proceso de duelo.

3.1. Trauma

En los capítulos precedentes hemos descrito la muerte violenta de un hijo como un “evento traumático” o, indistintamente, hemos señalado que esa muerte es producto de un “evento traumático y violento”. ¿A qué nos referimos con esa palabra: *traumático*? Antes de los trabajos de Freud, la palabra *trauma* estaba reservada a los ataques físicos o corporales. El trauma era producido por una violencia externa que causaba una lesión física, y el traumatismo correspondía a los efectos del trauma sobre el organismo. Ambos términos se han extendido en el vocabulario corriente gracias a la medicina y, posteriormente, al psicoanálisis.

Desde sus orígenes, éste se ha planteado el problema del trauma, considerándolo como uno de sus temas fundamentales. Cuando Freud forjó su concepto de la histeria, afirmó la *teoría de la seducción*, según la cual “*la histeria sería el fruto de un abuso sexual realmente vivido por el sujeto en la infancia*” (Roudinesco, E. y Plon, M., 2003, p. 466). De esta manera, en “Estudios sobre la histeria” reconoció un origen traumático para la enfermedad. En este caso, el abuso sexual remite a una escena donde un sujeto, generalmente adulto, “*usa de su poder real o imaginario para abusar de otro sujeto, reducido a una posición pasiva: en general, un niño o una mujer*” (Roudinesco, E. y Plon, M., 2003, p. 979). Esta experiencia generaría

un corte, un pellizco en el tiempo de la subjetividad del sujeto violentado. El recuerdo de esa experiencia sería tan penoso, que el sujeto preferiría olvidarlo, no verlo o reprimirlo.

Posteriormente, sin abandonar totalmente la teoría del trauma, Freud vio el conflicto psíquico inconsciente como causa principal de la histeria, planteando la *teoría de la fantasía*. Es así como afirmó que, “*aunque en la infancia hubieran sido víctimas de abusos o violencias, el trauma no podía ser la explicación única de la cuestión de la sexualidad humana. Junto a la realidad material, afirmaba Freud, hay una realidad psíquica igualmente importante en la historia del sujeto*” (Roudinesco, E. y Plon, M., 2003, p. 467).

De esta manera, la noción de un traumatismo real y físico devino a un traumatismo psíquico, cuya causa no era externa sino interna. Esta diferencia respecto a las teorizaciones de la época constituyó un salto epistemológico importante, ya que es uno de los fundamentos del psicoanálisis. En efecto, el concepto de realidad psíquica fue explicitado por Freud, principalmente, en “La interpretación de los sueños” al distinguir entre “*la realidad material (...) y la realidad psíquica propiamente dicha, núcleo irreductible del psiquismo, registro de los deseos inconscientes, de los cuales el fantasma es la expresión última y más verdadera*” (Roudinesco, E. y Plon,

M., 2003, p. 307). La noción de trauma, traspuesta desde el dominio físico y orgánico al plano psicológico, permitió pensar en una nueva concepción de la neurosis: *“La neurosis se convertía de tal modo en una afección puramente psíquica, con lo cual caducaba la idea de la simulación, tanto para los adeptos del organicismo como para los partidarios del funcionalismo o causalidad psíquica”* (Roudinesco, E. y Plon, M., 2003, p. 737).

Detrás de la noción freudiana de trauma hay una concepción que se ha llamado “económica”, ya que lo que produce una experiencia traumatizante es la incapacidad del aparato psíquico para evacuar el exceso de excitación proveniente de la acción patógena de un evento brutal o, también, de una serie de incidentes que se van sumando. Esta concepción económica presentada desde los inicios del psicoanálisis es esencial para la comprensión de la noción de trauma. Así, no es cualquier evento el que puede catalogarse como traumático, sino aquel que el aparato psíquico no es capaz de aceptar debido a la alta carga libinal que tiene para el sujeto, entendiéndolo por ella *“la manifestación de la pulsión sexual en la vida psíquica y, por extensión, de la sexualidad humana en general, e infantil en particular, entendida como causalidad psíquica (neurosis), disposición polimorfa (perversión), amor a sí mismo (narcisismo) y sublimación”* (Roudinesco, E. y Plon, M., 2003, p. 643). Se trata, entonces, de pulsiones

parciales que copan el psiquismo del sujeto, y ante las cuales éste recurre a mecanismos de defensa, como la negación. Es lo que ocurre, sin duda, al saberse la noticia de la muerte de un hijo: *“La casa se llenó de gente rápidamente, al comienzo los vecinos amigos, algunos en bata de dormir, luego las familias y los amigos. Empecé a sentir pánico cuando vi llegar a la gente, la Marianela, mi vecina, trataba de abrazarme; yo sólo le preguntaba: ‘Marianela ¿por qué viene toda esta gente a mi casa si no ha pasado nada?’* (Vera, I., 2003, p. 19).

De esta manera, cuando nos referimos a un evento traumático y/o violento, estamos refiriéndonos a que éste se constituirá en un evento traumático para la madre que recibirá la noticia de la muerte de su hijo.

3.2. Pulsión

En el sub-capítulo anterior dejamos entrever dos conceptos nuevos, que no habíamos tocado anteriormente. Se trata de *carga libidinal* y *pulsiones parciales*. En el presente sub-capítulo definiremos estos términos. Lo primero que debemos señalar es que, para comprender lo que se entiende por *pulsión*, es necesario diferenciar la excitación pulsional de las demás excitaciones, como las sensoriales, por ejemplo. Esto es así porque las excitaciones pueden provenir tanto del exterior como del interior. Las primeras corresponden a las excitaciones sensorial y motriz, y las segundas corresponden a las pulsiones. Son éstas las que nos interesan para nuestro análisis del discurso de los textos que revisaremos.

Las concepciones que ha tenido la categoría de *pulsión* en la historia del psicoanálisis son variadas y se fueron transformando, de acuerdo a las nuevas investigaciones que se llevaban a cabo. Durante el período en que Freud le atribuía una causa sexual traumática a la neurosis, es decir, que era producto de una seducción sufrida durante la infancia, éste ya distinguía una “libido psíquica”, entendida como una energía que estaba en la base de toda actividad humana. Y en ese período, “*trazaba ya una distinción entre ese ‘empuje’, que por su origen interno el individuo no puede detener, y las excitaciones externas de las que el sujeto puede huir o que puede evitar*”

(Roudinesco, E. y Plon, M., 2003, p. 883). Para ese entonces, Freud no utilizaba el concepto de pulsión, sino de *libido psíquica*. Sólo en 1905, con “Tres ensayos de teoría sexual”, incorporó la noción de pulsión al vocabulario del psicoanálisis. En la edición de 1910 del mismo libro, señaló que “*por pulsión podemos entender al comienzo nada más que la agencia representante (...) psíquica de una fuente de estímulos intrasomática en continuo fluir; ello a diferencia del estímulo, que es producido por excitaciones singulares provenientes de afuera. Así, pulsión es uno de los conceptos del deslinde de lo anímico respecto de lo corporal*” (Freud, S., 1986, p. 153). Para Freud se trataba de *pulsiones sexuales*, las que eran parciales y numerosas, y cuya suma constituye el fundamento de la sexualidad infantil.

Cinco años después, en un texto llamado “La perturbación psicógena de la visión según el psicoanálisis”, enunció su primer dualismo pulsional, “*oponiendo las pulsiones sexuales, cuya energía es de tipo libidinal, a las pulsiones de autoconservación, que tienen por fin la conservación del individuo*” (Roudinesco, E. y Plon, M., 2003, p. 884). Estas últimas, también llamadas pulsiones del yo, defienden al yo contra la invasión de las pulsiones sexuales. Las pulsiones sexuales se apoyan en su inicio, ante todo, en las pulsiones de conservación, de las que no se separan sino gradualmente. De

esta manera, la pulsión erótica tiene en su origen la función de conservación. Gradualmente se separa de esta función para asumir una función erótica, es decir, se deslinda de la función biológica *“por interposición de la representación, que la califica en el plano psíquico en cuanto erótica y será la única sometida a la represión”* (Poissonnier, D., 1999, p. 39).

En 1911, en “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico”, Freud planteó que las pulsiones sexuales son gobernadas por el principio de placer y las pulsiones de autoconservación por el principio de realidad. Pero en 1914, cuando trabajaba el concepto de narcisismo, redistribuyó las pulsiones sexuales, asignándolas por una parte al yo (“libido del yo o libido narcisista”) y por otra a los objetos exteriores (“libido de objeto u objetal”). Fue en 1915, en “Pulsiones y destinos de pulsión”, donde Freud recapituló sus teorías sobre la pulsión, recordando *“en primer término el carácter limítrofe (entre lo psíquico y lo somático) de la pulsión, representante psíquico de las excitaciones provenientes del cuerpo que llegan al psiquismo (...). Luego enumera las cuatro características de la pulsión: “El ‘empuje’ constituye su esencia y la ubica como motor de la actividad psíquica. El ‘fin’, es decir la satisfacción, supone la supresión de la excitación que está en el origen (...). ‘El objeto’ de la pulsión, es el medio por el cual la pulsión alcanza su fin (...). Finalmente, la ‘fuente’ de las pulsiones es el proceso somático*

localizado en una parte del cuerpo o en un órgano, cuya excitación es representada en el psiquismo por la pulsión” (Roudinesco, E. y Plon, M., 2003, p. 886). En ese texto, asimismo, desarrolló los cuatro posibles destinos de las pulsiones sexuales: *“transformación en lo contrario, la vuelta sobre la propia persona, represión y sublimación”* (Roudinesco, E. y Plon, M., 2003, p. 886). Este punto nos parece especialmente interesante para nuestro trabajo, ya que la producción de los textos de las madres que han experimentado un proceso de duelo por la muerte de uno de sus hijos responde a uno de los destinos de las pulsiones sexuales propuestos por Freud: el de la sublimación. Al respecto, Freud nos dirá que hay procesos en los que la energía libidinal *“es desviada en todo o en parte de la utilización sexual y orientada hacia otros fines. Los historiadores de la civilización coinciden en aceptar que este proceso, en el que las fuerzas instintivas sexuales son desviadas de sus fines sexuales y orientadas hacia otros distintos –proceso al que se da el nombre de sublimación-, proporciona poderosos elementos para todas las funciones culturales”* (Freud, S., 1972, p. 44). Tal vez podamos preguntarnos si, durante el tiempo de producción de los textos, la actividad pulsional de nuestras autoras estuvo al servicio de sus obras.

Con la publicación de “Más allá del principio de placer”, Freud formuló un nuevo dualismo pulsional, oponiendo las pulsiones de vida a las pulsiones

de muerte, ésta última observada a partir de la compulsión de repetición: “*De origen inconsciente, y por lo tanto difícilmente controlable, esa compulsión lleva al sujeto a situarse de manera repetitiva en situaciones dolorosas, réplicas de experiencias antiguas*” (Roudinesco, E. y Plon, M., 2003, p. 887). Ésta sería una tendencia inherente a todo organismo vivo a restablecer un estado anterior al que se vio obligado a renunciar por las fuerzas perturbadoras externas. La repetición lleva o busca restituir el principio de placer, pero este restablecimiento “*remite más allá del límite de la vida y ya no al retorno del equilibrio viviente anterior*” (Poissonnier, D., 1999, p. 42-3). Ese estado es el de la muerte. Surgen, así, las pulsiones de vida y la pulsión de muerte. Esta última tiende al retorno del estado anterior, a lo inanimado. Se expresa en la tendencia a la destrucción y siempre se combina con las pulsiones de vida, es decir, siempre hay una erotización en ella. De acuerdo a Freud, esta pulsión de muerte es imposible de localizar o incluso aislar, salvo tal vez en la experiencia de la melancolía. Por su parte, bajo el concepto de pulsiones de vida se agrupan las pulsiones sexuales y las pulsiones del yo.

Para Lacan, la pulsión tendría una estructura fundamental, es “algo que sale de un borde que duplica su estructura cerrada, siguiendo un trayecto que retorna y cuya consistencia sólo puede asegurarla el objeto, el

objeto como algo que debe ser contorneado” (Lacan, citado en Soca, J. J., 2006a, p. 8). Lo que rodea la pulsión en su trayecto circular es el *objeto a*. Este objeto es “*de doble índole. Por un lado, es el puro vacío, verdadero objeto de la pulsión, que es el mismo que el objeto a, causa del deseo: una pura falla que motoriza un movimiento. Pero, por otro lado, implica el uso de un señuelo, de un aparato que, como el huevo de madera que se utilizaba para remendar medias, funciona como tapón real de la falta*” (Soca, J. J., 2006a, p. 7).

Lacan consideró la pulsión como uno de los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis e insistió en el carácter constante del movimiento de la pulsión. Para nuestro autor, la pulsión “*se inscribe en un enfoque del inconsciente en términos de manifestación de la falta y de lo no-realizado. En tal carácter, la pulsión es vista bajo la categoría de lo real*” (Roudinesco, E. y Plon, M., 2003, p. 888). Al rodear el objeto a, “*tapón real de la falta*” al decir de Lacan, la pulsión desviada de sus fines sexuales y orientada hacia la escritura, es decir, sublimada, es una pulsión que tal vez encuentra en la producción de una obra su objeto. Frente al trauma de la pérdida de un hijo, trauma que enfrenta al sujeto a lo real, éste taponea esa falta con la escritura, con una obra que es producto de una pulsión desviada de sus fines sexuales.

Pero Soca nos dirá que *“con frecuencia se confunde al objeto con aquello sobre lo cual se cierra la pulsión”*, y cita a Lacan, para quien *“ese objeto no es otra cosa que la presencia de un hueco, de un vacío que cualquier objeto puede ocupar y cuya instancia se la conoce bajo la forma del objeto perdido, el objeto a. El objeto a no es origen de la pulsión (oral). No se presenta como el alimento primigenio, se presenta porque no hay alimento alguno que satisfaga nunca la pulsión oral, a no ser cortorneando el objeto eternamente faltante”* (Soca, J. J., 2006a, p. 7). De allí que no podamos pensar que esa falta podría realmente ser taponeada, es decir, la pulsión sublimada será satisfecha por la escritura y su obra, pero nunca alcanzará su meta: *“la pulsión puede satisfacerse sin haber alcanzado aquello que, desde el punto de vista de una totalización biológica de la función, satisface su fin reproductivo, precisamente porque es pulsión parcial y porque su meta no es otra cosa que ese regreso en forma de circuito”* (Lacan, citado en Soca, J. J., 2006a, p. 7). Este carácter circular de la pulsión, le permite alcanzar *“la satisfacción sin alcanzar su meta...”* (Lacan, citado en Soca, J. J., 2006a, p. 6).

La pulsión de muerte, por su parte, *“debe situarse en el dominio de lo histórico, en la medida en que ella se articula en un nivel que sólo puede ser definido en función de la cadena significativa, es decir, en tanto que un punto*

de referencia, que es un punto de referencia de orden, puede ser situado en relación al funcionamiento de la naturaleza” (Lacan, J. 2005, p. 255). De acuerdo a la concepción freudiana, la pulsión de muerte representaría una tendencia irreversible hacia un estado de equilibrio terminal. Para Lacan, se trata sólo de una tendencia. En efecto, “la pulsión como tal, y en la medida en que ella es entonces pulsión de destrucción, debe estar más allá del retorno a lo inanimado” (Lacan, J. 2005, p. 256). A la tendencia al equilibrio, Lacan opone una “voluntad de destrucción”, una “voluntad de comenzar de cero. Voluntad de Otra-cosa, en la medida en que todo puede ser puesto en causa a partir de la función del significante” (Lacan, J. 2005, p. 256). De esta manera, nos dice Lacan, “si todo lo que es inmanente o implícito en la cadena de los acontecimientos naturales puede ser considerado como sometido a una pulsión llamada de muerte, esto es así sólo en la medida en que hay cadena significativa. Es exigible, en efecto, en ese punto del pensamiento de Freud, que aquello de lo que se trata sea articulado como pulsión de destrucción, en la medida en que pone en duda todo lo que existe. Pero ella es igualmente voluntad de creación a partir de nada, voluntad de recomienzo” (Lacan, J. 2005, p. 256-57).

Tal vez ahora podamos responder la pregunta que quedó formulada anteriormente: frente al trauma de la pérdida de un hijo, trauma que enfrenta

al sujeto a lo real, ¿éste taponea esa falta con la escritura, con una obra que nace de una pulsión desviada de sus fines sexuales? Si sabemos que la pulsión de muerte “*siempre y en todos los casos se combina con las pulsiones de vida, es decir, se erotiza más o menos claramente*” (Poissonnier, D., 1999, p. 43), en otras palabras, si en ella hay “*igualmente voluntad de creación, voluntad de recomienzo*”, entonces podemos hipotetizar que la sublimación es un proceso que permite al sujeto taponear lo real de la muerte, ese “*cuerpo roto y desmembrado*” del hijo, sin llegar nunca a cubrirlo del todo.

3.3. Lo Real, lo Imaginario y lo Simbólico. El Significante

¿A qué nos referimos con *lo real* de la muerte o, más genéricamente, con aquello de “lo real”? En unos apuntes para el Seminario “Introducción a la topología lacaniana – Entre matemáticas y nudos”, Juan José Soca nos dirá que a lo real “*se lo define como lo imposible, en la medida en que no puede ser totalmente simbolizado*” (Soca, J. J., 2006c, p. 4), es decir, es aquello que está antes del lenguaje. De acuerdo a Lacan, el registro de lo real se liga estructuralmente a otros dos registros: el simbólico y el imaginario, presentándolos en una Conferencia del 8 de julio de 1953, como “*los registros esenciales de la realidad humana*” (Lacan, J., 2006, p. 15). Lacan tomó de Georges Bataille la noción de lo real, quien distinguió dos polos

estructurales en su análisis del nazismo y de las sociedades humanas: *“por un lado lo homogéneo, o ámbito social útil y productivo, y por el otro lo heterogéneo, lugar de irrupción de lo que es imposible de simbolizar. Más tarde (Lacan) creó el término heterología a partir del adjetivo heterólogo, que en anatomía patológica designa los tejidos mórbidos. La heterología era para él la ciencia de lo irrecuperable, cuyo objeto era ‘lo improductivo’ por excelencia: los deshechos, los excrementos, la inmundicia. En síntesis, la existencia ‘otra’ expulsada de todas las normas: la locura, el delirio, etcétera”* (Roudinesco, E. y Plon, M., 2003, p. 902).

Lo real es un resto imposible de simbolizar, es lo que no puede ser nombrado por lo que, para hablar de él, sólo podemos rodearlo. Son los deshechos, lo excluido de toda norma, aquello que irrumpe de un modo traumático, lo que ya estaba allí *“antes del advenimiento del sujeto del inconsciente y de su pasaje simbólico a la existencia (...) Es en sí mismo un agujero, una abertura en pleno orden simbólico. Es la falta en torno a lo que lo simbólico se estructura”* (Soca, J. J., 2006c, p. 5-6). A partir de la nueva organización de la estructura del sujeto -con los registros de lo real, lo simbólico y lo imaginario-, lo real (...) se convierte en el lugar de la locura: *“si los significantes forcluidos de lo simbólico retornan en lo real sin estar integrados al inconsciente del sujeto, esto quiere decir que lo real se*

confunde con el 'otro lugar' del sujeto. Habla y se expresa en lugar del sujeto mediante gestos, alucinaciones y deseos que el sujeto no controla" (Roudinesco, E. y Plon, M., 2003, p. 902-3).

Por su parte, el registro de lo imaginario designa una relación dual con el semejante. Para Lacan es *"el lugar del yo por excelencia, con sus fenómenos de ilusión, captación y señuelo"* (Roudinesco, E. y Plon, M., 2003, p. 513). Para explicarnos lo que entiende por el registro imaginario, en la Conferencia de 1953 Lacan se refiere al neurótico, a lo que es ese sujeto para la experiencia analítica, diciendo que *"el sujeto alucina su mundo"*, ya que sus satisfacciones son ilusorias (Lacan, J., 2006, p. 21). Es el lugar de las ilusiones del yo, de la alienación y de la fusión con el cuerpo de la madre.

Por último, la noción de lo simbólico proviene de la antropología, la que le asigna a los elementos de la cultura -como los mitos, creencias ritos- una función simbólica y un valor significante. Con él, Lacan designó *"el sistema de representación basado en el lenguaje, es decir, en los signos y las significaciones que determinan al sujeto sin que él lo sepa; el sujeto puede referirse a ese sistema, consciente o inconscientemente, cuando ejerce su facultad de simbolización"* (Roudinesco, E. y Plon, M., 2003, p. 1003). Cuando presentó su concepción de lo simbólico, Lacan analizó la

noción de parentesco, señalando que el lenguaje no sólo constituye una simple y pura mediación entre dos sujetos, sino que también es creador de realidad: *“Esto es completamente evidente si consideran lo que se llama una estructura fundamental, es decir, arcaica, del parentesco. No siempre son elementales las estructuras del parentesco. Las nuestras, por ejemplo, son especialmente complejas, pero, a decir verdad, estas no existirían sin el sistema de palabras que las expresan. Y el hecho es que las prohibiciones que regulan entre nosotros el intercambio humano de las alianzas (...), se reducen a un número excesivamente restringido. Por eso, tendemos a confundir términos como padre, madre, hijo, etcétera, con relaciones reales. Esto es porque el sistema de relaciones de parentesco es extremadamente reducido en sus límites y su campo. Pero se trata de símbolos”* (Lacan, J., 2006, p. 38).

El concepto de lo simbólico es inseparable de otros tres conceptos: significante, forclusión y nombre-del-padre: *“... el significante es la esencia misma de la función simbólica (su ‘letra’), la forclusión es el proceso psicótico por el cual desaparece lo simbólico, y el nombre-del-padre es el concepto que integra la función simbólica en una ley significante: la prohibición del incesto”* (Roudinesco, E. y Plon, M., 2003, p. 1004). Surge un nuevo concepto con el registro de lo simbólico, el de significante. Esta noción será

fundamental para nuestro trabajo ya que, incluso, está incorporada a uno de nuestros objetivos específicos. ¿Qué se entiende, entonces, por *significante*?

El término *significante* fue introducido por Ferdinand de Saussure en el marco de su teoría estructural de la lengua, queriendo con ello significar la parte del signo lingüístico que remite a la representación psíquica del sonido (o imagen acústica), por oposición a la otra parte, o significado, que remite al concepto. En efecto, para el lingüista suizo, el signo lingüístico es una entidad psíquica compuesta por dos elementos: el significante y el significado. El significante o imagen acústica es la huella psíquica que en nuestro cerebro produce oír la palabra árbol, por ejemplo, la que unimos inmediatamente con el concepto, el significado que todos tenemos de lo que es un árbol. Ambos elementos están íntimamente unidos, como las dos caras de un papel. En otras palabras, *“el signo une no una cosa y un nombre, sino un concepto y una imagen acústica (...), la imagen acústica no es el sonido material, cosa puramente física, sino la psíquica de ese sonido, la representación que de él nos da el testimonio de nuestros sentidos; esa representación es sensorial, y si se nos ocurre llamarla ‘material’ es sólo en este sentido y por oposición al otro término de la asociación, el concepto, generalmente más abstracto”* (Saussure, F., 1995, p.102). De esta manera, el signo es la combinación del concepto (significado) y de la imagen acústica

(significante). El signo lingüístico es, por tanto, una entidad psíquica de dos caras, que puede ser representada por la figura:

Concepto

Imagen Acústica

En el uso corriente, el término signo “*designa generalmente a la imagen acústica sola, por ejemplo, una palabra.... Se olvida que si (esa palabra) es llamada signo, es sólo porque lleva en sí el concepto (que le corresponde), de tal suerte que la idea de la parte sensorial implica la de la totalidad*” (Saussure, F., 1995, p. 103). Para que esta ambigüedad desaparezca, Saussure se propone “*conservar la palabra signo para designar la totalidad, y reemplazar concepto e imagen acústica respectivamente por significado y significante*” (Saussure, F., 1995, p. 104). Para Saussure, la relación entre significante y significado es arbitraria, siendo éste el primer principio del signo lingüístico. Al llamar arbitraria dicha relación, Saussure explica que ello “*no debe dar la idea de que el significante depende de la libre elección del sujeto hablante (...); queremos decir que es inmotivado, es decir, arbitrario en relación al significado, con el que no tiene ningún vínculo natural en la realidad*” (Saussure, F., 1995, p. 106).

El segundo principio del signo lingüístico refiere que, *“el significante, por ser de naturaleza auditiva, se desarrolla sólo en el tiempo, y tiene los caracteres que toma del tiempo: a) representa una extensión, y b) esa extensión es mensurable en una sola dirección: es una línea”* (Saussure, F., 1995, p. 107). Con ello se quiere decir que *“los significantes acústicos no disponen más que de la línea del tiempo; sus elementos se presentan uno tras otro: forman una cadena. Este carácter aparece inmediatamente cuando se los representa mediante la escritura y se substituye la sucesión en el tiempo por la línea espacial de los signos gráficos”* (Saussure, F., 1995, p.108). Esto es lo que se ha llamado el valor del signo.

Basándose en la lingüística saussureana, Lacan elaboró su teoría del significante. *“Saussure ubicaba el significado sobre el significante, separándolos por una barra llamada de significación. Lacan invirtió esta posición, colocando el significado debajo del significante, al que le atribuía una función primordial. Después, tomando en cuenta la noción de valor, subraya que toda significación remite a otra significación, de lo cual deduce que el significante está aislado del significado como una letra, un rasgo o una palabra símbolo desprovista de significación, pero determinante en tanto función para el discurso o el destino del sujeto”* (Roudinesco, E. y Plon, M., 2003, p. 997).

En palabras de Lacan, lo que revela el algoritmo de Saussure es que existe una estructura del significante para que se produzca la transferencia con el significado. Esa estructura del significante es *“que sea articulado. Esto quiere decir que sus unidades (...) están sometidas a la doble condición de reducirse a elementos diferenciales últimos y de componerlos según las leyes de un orden cerrado”* (Lacan, Escritos 1, 1985, p. 481). Es la segunda propiedad del significante, es decir, que sus unidades se compongan según leyes de un orden cerrado, lo que le permite afirmar *“la necesidad del sustrato topológico, del cual da una aproximación el término de cadena significante...: anillos cuyo collar se sella en el anillo de otro collar hecho de anillos”* (Lacan, Escritos 1, 1985, p. 481).

Para Lacan *“el inconsciente está estructurado como un lenguaje”* (Lacan, J., 1996, p. 90), existiendo una relación entre la estructura del inconsciente y el significante: ambos determinan al sujeto, ya que *“el sujeto es lo que representa un significante para otro significante”* (Rodulfo, R., 1996, p. 40). En este sentido, *“se puede afirmar que el significante no da identidad, ya que un significante remite a otro significante, nunca hace uno, es decir, el sujeto no hace uno (...). El significante es el que lanza al sujeto a otro significante”* (Godoy, I. y Gutiérrez L., 2004, p. 16). Por su parte, Quevedo nos dirá que *“el sujeto aparece primero en el Otro, debido a que el primer*

significante surge en el campo del Otro para representarlo, de este modo el significante produciéndose en el lugar de Otro, hace surgir al sujeto” (Quevedo, M., s.f., p. 19). Así, *“para el advenimiento del sujeto, es necesaria la presencia de un significante que, a su vez, lo signifique como sujeto. Este primer significante es el Otro primordial, el cual va a aportar los primeros registros en la constitución del sujeto”* (Godoy, I. y Gutiérrez L., 2004, p. 16). Ese Otro primordial, primer significante, no sólo está hecho de palabras, de aquello con lo que el Otro materno inviste al sujeto al nombrarlo y al nombrarle el mundo que le rodea, sino que, también, de *“...trazos, una huella acústica, una imagen visual, algo en el campo de los sentidos como por ejemplo un olor, marcas significantes que se alojan en las zonas erógenas del cuerpo”* del recién nacido (Quevedo, M., s.f., p. 19).

Por su parte, Rodolfo señala que un significante debe cumplir con ciertos criterios para ser considerado como tal: *“Para que algo, en psicoanálisis, sea considerado significante tiene que repetirse. Este es el primer criterio”* (Rodolfo, R., 1996, p. 23). Y, a la par de repetirse, *“el significante no reconoce la propiedad privada, no es que sea de alguien; cruza, circula, atraviesa generaciones, traspasa lo individual, lo grupal y lo social; no es pertenencia de algún miembro de una familia; en todo caso, es el problema que interpela a cada uno”* (Rodolfo, R., 1996, p. 24). El segundo

criterio dice relación con que *“una vez que algo es introducido con la función de significante se produce un poco a lo menos de lo nuevo, es decir, algo con cierto valor distintivo (...): cuando un elemento adquiere gravitación significante, en el momento de su introducción algo nuevo se traza”* (Rodulfo, R., 1996, p. 24). Un tercer criterio es que *“el significante conduce siempre hacia alguna parte (...): el significante tiene dirección”* (Rodulfo, R., 1996, p. 30). Un cuarto criterio, de acuerdo a la Tesis que acabamos de citar, es aquel que dice que *“el estatuto de significante es el investimento deseante, es decir, el niño como deseo del Otro (...). El lugar donde se van a buscar los significantes es, en primer término, en el cuerpo materno, por ser el alojamiento matricial en todos los sentidos”* (Godoy, I. y Gutiérrez L., 2004, p. 19).

Respecto a este último criterio, Rodulfo menciona que *“la tarea originaria de un bebé cuando viene al mundo es tratar de encontrar significantes que lo representen, porque no lo encuentra todo hecho”* (Rodulfo, R., 1996, p. 41). En efecto, el bebé encuentra el lenguaje, así como las estructuras parentales simbólicas. Cuando llega al mundo, antes que ocupar un espacio físico que se encontraba vacío antes de él, debe ocupar un lugar en el deseo del Otro, *“sin el cual la vida, de entrada, pierde toda posibilidad de sentido; pero para que esto se cumpla es preciso que alguien*

done lugar” (Rodulfo, R., 1996, p. 43). De allí que el autor insista en que *“la tarea eminentemente activa que todo ser humano debe emprender, para la que necesita ayuda porque solo no puede consumarla, es encontrar significantes que lo representen ante y dentro del discurso familiar, en el seno del mito familiar, o sea, del campo deseante familiar”* (Rodulfo R., 1996, p. 42). Cuando Rodulfo habla del *mito familiar*, entiende por éste *“un puñado de significantes dispuestos de cierta manera (...) Recordemos que el significante no remite a la cosa directamente, sino que remite a otro significante, diferencia decisiva respecto del signo”* (Rodulfo, R., 1996, p. 40).

Por último, existen funciones propiamente significantes, de acuerdo a Lacan. Por ejemplo, existe la posibilidad, en la medida en que la lengua me es común con otros, de querer significar otra cosa de lo que ella dice. Esta función, *“es más digna de subrayarse en la palabra que la de disfrazar el pensamiento (...) del sujeto: a saber, la de indicar el lugar de ese sujeto en la búsqueda de lo verdadero”* (Lacan, Escritos 1, 1985, p. 485). Así, más que disfrazar el pensamiento, se trata de querer significar otra cosa, siendo ésta una función de la palabra. Esta función propiamente significativa se llama metonimia. Si hablamos de “30 velas”, detrás de este significante se esconde la palabra “barco”, y también “flota”. Aquí se ve *“que la conexión del barco y de la vela no está en otro sitio que en el significante y que es en esa*

conexión palabra a palabra donde se apoya la metonimia” (Lacan, Escritos 1, 1985, p. 485-6). “¿Qué encuentra el hombre en la metonimia –se pregunta Lacan- si ha de ser algo más que el poder de rodear los obstáculos de la censura social?” (Lacan, Escritos 1, 1985, p. 488).

La otra función significante de la palabra es la metáfora: “*La chispa creadora de la metáfora no brota por poner en presencia dos imágenes, es decir, dos significantes igualmente actualizados. Brota entre dos significantes de los cuales uno se ha sustituido al otro tomando su lugar en la cadena significante, mientras el significante oculto sigue presente por su conexión (metonímica) con el resto de la cadena. Una palabra por otra, tal es la fórmula de la metáfora...*” (Lacan, Escritos 1, 1985, p. 487).

En nuestro análisis veremos cómo se relacionan los términos que hemos, muy someramente, intentado definir, es decir, cómo los registros de lo Real, de lo Simbólico y de lo Imaginario están anudados a través del lenguaje, de la palabra escrita, donde las significaciones determinan al sujeto de la escritura.

3.4. Escritura

La capacidad para expresar a través de la escritura los sentimientos, los afectos y los procesos psíquicos que un sujeto está experimentando, nos

permite acceder a esos estados psíquicos y afectivos y, eventualmente, identificarnos con ellos. Para aquellos que carecen de las aptitudes necesarias para registrar a través de la escritura sus estados de ánimo y experiencias, el encontrarlas en un libro escrito por otro puede transformarse en un momento de júbilo, de ensimismamiento o de tristeza. Ello es así porque esos “estados del alma” no son muy diferentes para los que escriben y para aquellos que no lo hacen. En cuanto sujetos, todos estamos animados por pulsiones, deseos, fantasías.... Lo único que difiere es la capacidad para expresarlos. En este sentido, esos libros tienen un valor común, universal podría decirse. Pero escribir lo que se siente a raíz de una experiencia límite o demasiado dolorosa, no es algo fácil ni sencillo. Cuando la experiencia es un duelo por la pérdida de un hijo, ésta puede obrar *“como un fermento para una creación artística, literaria, musical, científica..., según las dotes del sujeto. La amputación definitiva tendría por efecto el inicio de un proceso de simbolización, a falta del cual sería grande el riesgo de una fijación en el momento de la herida, una eternización del dolor tal como la transmite en imágenes la historia de Níobe, transformada en piedra y llorosa para siempre, desubjetivada”* (Raimbault, G. 1997, p. 11).

A través de la escritura, el sujeto logra recordar la experiencia traumática como si la estuviese viviendo por segunda vez: *“todo volvería a*

empezar, después de aquella dicha, de esas mil dichas mínimas y desgarradoras. Todo volvería a empezar mientras siguiera vivo: resucitado a la vida, mejor dicho. Mientras tuviera tentaciones de escribir. La dicha de la escritura, empezaba a saberlo, jamás borraría este pesar de la memoria. Todo lo contrario: lo agudizaba, lo ahondaba, lo reavivaba. Lo volvía insoportable” (Semprún, J., 1998, p. 177). Pero, precisamente, gracias a la escritura el sujeto puede simbolizar dicha experiencia, reorganizarla subjetivamente. También existe la posibilidad de escribir sobre cualquier cosa, eludiendo siempre el hacerlo sobre esa experiencia dolorosa. Algo así como rodear el objeto o como “el olvido de la escritura”, según Semprún, quien recuerda y relata su encarcelamiento en un campo de concentración nazi durante la Segunda Guerra Mundial. Para el autor, la posibilidad de contar lo que allí vivió no resultaba tan evidente. No porque lo vivido sea inenarrable, sino porque “siempre puede expresarse todo, en suma. Lo inefable de que tanto se habla no es más que una coartada. O una señal de pereza. Siempre puede decirse todo, el lenguaje lo contiene todo. Se puede expresar el amor más insensato, la más terrible crueldad. Se puede nombrar el mal, su sabor de adormidera, sus dichas deletéreas. Se puede expresar a Dios, lo que no es poco. Se puede expresar la rosa y el rocío, el lapso de la mañana. Se puede expresar la ternura, el océano tutelar de la bondad (...). Puede decirse todo de esta experiencia. Basta con pensarlo. Y con ponerse

a ello. Con disponer del tiempo, sin duda, y del valor, de un relato ilimitado, probablemente interminable, iluminado (...) por esta posibilidad de proseguir hasta el infinito. Corriendo el riesgo de caer en la repetición más machacona. Corriendo el riesgo de no salir victorioso del empeño, de prolongar la muerte, llegado el caso, de hacerla revivir incesantemente en los pliegues y recovecos del relato, de ser tan sólo el lenguaje de esta muerte, de vivir a sus expensas, mortalmente” (Semprún, J., 1998, p. 26).

Entonces, todo puede ser narrado, escrito, relatado. El asunto para quien busca describir una experiencia límite es ser fiel a lo vivido y a lo sentido, a lo más íntimo de esa experiencia. Una de nuestras autoras lo expresa en las primeras páginas de su libro al decir que *“hay una memoria y un sentimiento intacto en relación a la pérdida que es muy personal, y al escribir sobre ella hay algo de traición. Me pregunto cómo ser fiel a la necesidad de contar y, asimismo, a la necesidad de mantener el secreto. No puedo ser fiel a ambas, siempre me falta algo. He optado por convertir en presencia el secreto de tu ausencia, el secreto del dolor, el enorme dolor de tu ausencia, de tu ‘no estar”* (Vera, I., 2003, p. 14).

¿Qué es eso que falta? Algo hemos señalado respecto a la relación entre lenguaje e inconsciente, entre habla e inconsciente, al referirnos al

significante, en general, y a las funciones propiamente significantes de la palabra, en particular. Veremos ahora cómo surge lo reprimido en el sujeto y cómo se relaciona aquello con la escritura.

Para Freud, la imagen del sueño es comparable a un jeroglífico o a un caligrama. Al referirse a las ideas latentes y al contenido manifiesto de los sueños, dice que ambos *“se muestran como dos versiones del mismo contenido, en dos idiomas distintos o, mejor dicho, el contenido manifiesto se nos aparece como una versión de las ideas latentes a una distinta forma expresiva, cuyos signos y reglas de construcción hemos de aprender por la comparación del original con la traducción. Las ideas latentes nos resultan perfectamente comprensibles en cuanto las descubrimos. En cambio, el contenido manifiesto nos es dado como un jeroglífico, para cuya solución habremos de traducir cada uno de sus signos al lenguaje de las ideas latentes. Incurriríamos, desde luego, en un error si quisiéramos leer tales signos dándoles el valor de imágenes pictóricas y no el de caracteres de una escritura jeroglífica”* (Freud, S., 1972, p. 119). Para Pommier, psicoanalista francés, el sueño debe compararse más con *“un sistema de escritura que con una lengua. De hecho, la interpretación de un sueño es análoga en todo punto al desciframiento de una escritura figurativa de la Antigüedad como los jeroglíficos egipcios”* (Pommier, G., 1996, p. 191).

Por su parte, para Lacan hay que entender al pie de la letra aquello de que el sueño es un jeroglífico: *“Las imágenes del sueño no han de retenerse sino es por su valor de significantes, es decir por lo que permiten deletrear del ‘proverbio’ propuesto por el rébus del sueño (...). Freud encuentra cómo referirse a ciertos empleos del significante en esa escritura, que están borrados en la nuestra tales como el empleo del determinativo, añadiendo el exponente de una figura categórica a la figuración literal de un término verbal, pero es para conducirnos mejor al hecho de que estamos en la escritura donde incluso el pretendido ideograma’ es una letra”* (Lacan, J., 1985, p. 490). Ese rébus, ese jeroglífico, corresponde a una letra de las imágenes oníricas, ya que el sueño está compuesto de numerosas imágenes, no necesariamente relacionadas unas con otras, y que, en conjunto, forman una estructura, un sistema de escritura, según Pommier. Así, cada una de esas imágenes corresponde a una letra de la palabra o de la frase que el sueño nos quiere decir. Y al leer la imagen del sueño como un rébus, ésta ofrece un sentido. Por último, en la escritura del sueño hay que buscar siempre la expresión de un deseo. En el sueño, nos dirá Lacan, *“aparece más claramente que el deseo del hombre encuentra su sentido en el deseo del otro (...) porque su primer objeto es ser reconocido por el otro”* (Lacan, J., 1985, p. 257). Es, entonces, el surgimiento de algo que estaba reprimido lo que pone en escena el sueño.

Pero no sólo en el sueño aparece lo reprimido en el sujeto sino, también, en lo que dice y en lo que padece. En efecto, el *lapsus* es otra de las formas de aparición de lo reprimido, donde el sujeto modifica una letra por otra de manera inconsciente, así como el síntoma, que se expresa a través del cuerpo. Lacan define al cuerpo y al lenguaje, entre otros, como los lugares donde es posible encontrar la verdad que el inconsciente censura: *“El inconsciente es ese capítulo de mi historia que está marcado por un blanco u ocupado por un embuste: es el capítulo censurado. Pero la verdad puede volverse a encontrar; lo más a menudo ya está escrita en otra parte. A saber:*

en los monumentos: y esto es mi cuerpo, es decir el núcleo histérico de la neurosis donde el síntoma histérico muestra la estructura de un lenguaje y se descifra como una inscripción que, una vez recogida, puede sin pérdida grave ser destruida;

en los documentos de archivo también: y son los recuerdos de mi infancia, impenetrables tanto como ellos, cuando no conozco su proveniencia;

en la evolución semántica: y esto responde al stock y a las acepciones del vocabulario que me es particular, como al estilo de mi vida, a mi carácter;

en la tradición también, y aun en las leyendas que bajo una forma heroificada vehiculan mi historia;

en los rastros, finalmente, que conservan inevitablemente las distorsiones, necesitadas para la conexión del capítulo adulterado con los capítulos que lo enmarcan, y cuyo sentido restablecerá mi exégesis” (Lacan, J. 1985, p. 249).

En el sueño, en el cuerpo y en el habla aparece lo reprimido como un jeroglífico, como una letra que debe ser descifrada. Pero, ¿qué es lo reprimido que allí surge? Para Pommier se trata del goce del cuerpo: *“Nuestro cuerpo fue primero el objeto del deseo materno y en esta medida nosotros no somos este cuerpo, solamente lo tenemos (...), apariencia cuyos contornos la mirada del otro, o el espejo, nos permiten verificar. La significación de la imagen de nuestro cuerpo dio ocasión a una primera represión porque su goce no fue primeramente nuestro...” (Pommier, G., 1996, p. 198).* He allí lo que se reprime: el goce del cuerpo. Eso reprimido resurge en el sueño, en el *lapsus* y en el síntoma: *“las primeras representaciones del cuerpo llevan la marca de una represión proporcional a la prohibición que pesa sobre el goce. Sin embargo, este goce reprimido no lo está para siempre o, para ser más exactos, lo reprimimos a cada instante y él vuelve a salir de inmediato, en sentido propio, a la superficie (...), cada vez que somos conscientes reprimimos ese goce, porque no reprimirlo querría decir alienarse en el Otro. Por lo tanto, ese goce resurge sólo cuando estamos ‘inconscientes’” (Pommier, G., 1996, p. 199).*

Si reprimimos el goce del cuerpo y esto reprimido resurge en el sueño, el habla y el cuerpo, ¿por qué privilegiamos el análisis del discurso de textos escritos en lugar de realizar entrevistas que podrían dar cuenta del *lapsus* en el habla, permitiéndonos ver lo reprimido, es decir, “*la represión del goce del cuerpo*”? Pommier se plantea una pregunta que nos parece importante para intentar una respuesta posible a nuestro cuestionamiento. Para nuestro autor, “*si la instancia de la letra en el inconsciente se oye en lo que dice, a través de un lapsus, por ejemplo, ¿cómo deslindar lo que pertenece al habla y lo que corresponde al escrito? El habla expresa una significación cualquiera y ésta reproducirá cada vez la represión. En efecto, en la menor de nuestras verbalizaciones formulamos una demanda particular, muy pequeña si se la compara con la totalidad de goce a la que aspiramos. Esta es la razón por la que, relegando este todo, reprimimos nuestro goce cada vez que hablamos. Y es a través de esa significación privativa (...) como se abre paso el retorno de nuestra llamada infinita al goce bajo la forma de letras talladas, según la forma de lo que evocan, es decir, un cuerpo: este cuerpo de sueño, que estaría pleno y gozaría*” (Pommier, G., 1996, p. 203). En otras palabras, el *lapsus* nos dice que el sujeto quiere otra cosa a la que dice, y la letra, en cambio, rememora el cuerpo reprimido. Dicho de otro modo, cualquier grafismo “*evocará la imagen de nuestro propio cuerpo*

porque su goce estuvo inicialmente fuera de nosotros, a merced de una madre que fue nuestro primer universo” (Pommier, G., 1996, p. 202). De allí que muchos dibujos infantiles tengan características antropomórficas, con ventanas que representan ojos. Cuando un niño mire o “lea” un dibujo, nos dice Pommier, “intentará descubrir en él a qué se parece él mismo”. Se trata, para ese niño, de la búsqueda de su Ser, de una secreta identificación en esa búsqueda, la que parecemos resolver cuando amamos. Para el autor, amamos precisamente a causa de esta ausencia de Ser: “Es el amor el que puede impedirnos leer o escribir, y hay que atravesar el espacio de la represión, es decir, una suerte de odio, para despegarnos de la imagen (...). Sólo entonces, en ese alejamiento, la imagen podrá adquirir su valor literal (...). ¿Qué ve el que se inclina sobre la hoja en blanco sino, primeramente, su propia ausencia, semejante a la que conoció el día de su nacimiento, cuando debió afrontar un lenguaje que le hizo olvidar un cuerpo del que, si escribiera, se acordaría?” (Pommier, G., 1996, p. 202-3).

Tenemos, entonces, una primera diferenciación entre habla y escrito (texto) que nos parece muy importante para nuestra Tesis. El habla reprime el goce del cuerpo, del que da cuenta el *lapsus* como retorno de lo reprimido. La escritura, en cambio, rememora el cuerpo reprimido, lo evoca, permitiéndole no ser pura ausencia. Una segunda diferenciación responde a

que, cuando un sujeto escribe, lo que le sirve de apoyo no es la letra a la que le da forma sino los vocablos en los que piensa: *“Puestos en el caso de escribir espontáneamente, no nos apoyamos en el elemento visual, salvo para formar las palabras extranjeras, los nombres propios y los vocablos que sólo hemos conocido leyendo (...), lo que nos sirve de apoyo no son las letras sino los significantes”* (Pommier, G., 1996, p. 288). Sin duda, en el discurso hablado también se pueden reconocer los significantes del sujeto que habla, aunque hablarlo no es lo mismo que escribirlo, es decir, no hay una reduplicación de lo dicho en lo escrito. Lo figurativo de la grafía, su imagen visual, evoca lo que no puede recordar el habla o su imagen acústica: el cuerpo reprimido. Hablarlo no es lo mismo que escribirlo, ni la escritura reproduce el habla. Pommier nos dice que, desde el nacimiento de la escritura, lo que se busca no es reproducir el habla, sino prolongar el dibujo *“en el momento en que sus representaciones desenmascaran su falta. Lo que preside la génesis de las letras es un avatar contrariado de la representación gráfica, más que el afán de disponer de un instrumento de comunicación equivalente al habla”* (Pommier, G., 1996, p. 291).

Una tercera diferenciación entre habla y escritura dice relación con la pregunta de ¿por qué escribir?, es decir, sobre el sujeto de la escritura. Al inicio de este sub-capítulo mencionábamos la necesidad de simbolizar una

experiencia traumática como parte importante de la escritura de textos de sujetos en duelo por la pérdida de un *objeto amado*, aunque podemos señalar otras motivaciones, más como preguntas que como respuestas. La autora de uno de los textos que analizaremos se formula la misma pregunta, y sus respuestas resultan bastante significativas porque mantienen la pregunta en el aire: *“¿La idea de escribir será sacar afuera algo que está y está y empuja por salir? ¿Será la idea que me he hecho a mí misma de que necesito escribir? Si logro exorcizar esta tormenta interna, habrá valido la pena. Si sólo logro darme cuenta de que no es eso lo que necesito, también habrá valido la pena. Si es sólo por hacer algo, por ese sentimiento que me acompaña y persigue constantemente, de que debo hacer algo y que lo único que se me ocurre es escribir y me doy cuenta de que no es eso, también habrá valido la pena. Si es sólo por probarme a mí misma que puedo hacer algo con mi experiencia, también habrá valido la pena. Si es sólo por el esfuerzo de escribir y poner mi atención en algo productivo, en lugar de divagar cómo pasan los días, permitiendo que ellos pasen y, así, se acerque naturalmente el momento de mi partida, también habrá valido la pena (...). Por último, si es por pelear con un computador que no soporto y que no entiendo, también habrá valido la pena”* (Vera, I., 2003, p. 13). Sea cual sea la respuesta, la autora no estará presente cuando lea el texto un lector. Ya está ausente en potencia al momento de redactarlo. Luego, “será

preciso que el lector atribuya un sentido a las letras que descifra y que, al hacerlo, certifique la presencia, al menos pasada, de este sujeto que escribió (...). De suerte que, del escriba a su lector, la escritura parece no tener más que un solo sujeto” (Pommier, G., 1996, p. 303-4).

Siguiendo la historia de las inscripciones en los objetos votivos de la Antigüedad, Pommier se pregunta por ese sujeto, por su lugar. Al respecto nos dice que *“las inscripciones halladas sobre los más antiguos objetos de culto permiten varias localizaciones del sujeto. Al leerlas, no se puede decidir si la que habla es la estatua, si el epígrafe se contenta con definir el objeto votivo, o bien si las inscripciones tienen como sujeto a aquel que ofreció el objeto al dios. A esta pluralidad se añade aun el futuro lector, que, al leer, será a su vez el sujeto de la frase que acaba de pronunciar”* (Pommier, G., 1996, p. 304). En definitiva, la posición del sujeto de la escritura resulta bastante equívoca, ya que no se sabe si el que habla es el donador, el objeto, el dios o el lector. Esos *“objetos parlantes”* ofrendados al dios son como los libros: objetos que hablan de la ausencia de quien los escribió. En este sentido, nos parece importante retomar lo señalado por Melman respecto a la escritura, donde la enunciación se transforma en enunciado, es decir, donde ya no cuenta el locutor (el hablante), *“sino la consistencia del enunciado”* (Melman, C., 2002, p. 48). Ante la pregunta por el sujeto de la

escritura, aparece el lector como el que hará revivir lo escrito con su lectura, afirmando la presencia del texto, del enunciado, más allá del autor. Con nuestra lectura y análisis, haremos revivir los discursos que se encuentran en los dos textos como enunciados más allá de sus enunciadore, es decir, podrían presentarse como textos anónimos o acéfalos.

3.5. Duelo

3.5.1. “Duelo y Melancolía”, de Sigmund Freud

Uno de los trabajos más importantes y significativos relacionado con el duelo es “Duelo y Melancolía”, de Sigmund Freud. Escrito en 1915 y publicado en 1917, este texto constituye uno de los primeros esfuerzos desde el naciente psicoanálisis para comprender e interpretar los procesos que vivía un sujeto que había *“perdido el objeto amado”*. En efecto, Freud nos dice que *“el duelo es, por lo general, la reacción a la pérdida de un ser amado o de una abstracción equivalente: la patria, la libertad, el ideal, etc.”* (Freud, S., 1997, p. 2.091). A pesar de que esta pérdida del objeto amado le imponga considerables desviaciones a la conducta normal de la persona, el autor menciona que *“... jamás se nos ocurre considerar el duelo como un estado patológico y someter al sujeto a un tratamiento médico...”* (Freud, S.,

1997, p. 2.091). Vemos, por tanto, que para el padre del psicoanálisis, el duelo es un estado normal, caracterizado por la pérdida de objeto.

Freud menciona los síntomas, tanto de la melancolía como del duelo: *“La melancolía se caracteriza psíquicamente por un estado de ánimo profundamente doloroso, una cesación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de todas las funciones y la disminución de amor propio (...); el duelo muestra también estos caracteres, a excepción de uno solo: la perturbación del amor propio”* (Freud, S., 1997, p. 2.091).

Esta diferenciación resulta capital para el análisis de Freud, como veremos a continuación. El autor se pregunta *“¿en qué consiste la labor que el duelo lleva a cabo?”*. Y se responde: *“A mi juicio, podemos describirla en la forma siguiente: el examen de la realidad ha mostrado que el objeto amado no existe ya y demanda que la libido abandone todas sus ligaduras con el mismo. Contra esta demanda surge una oposición naturalísima, pues sabemos que el hombre no abandona gustoso ninguna de las posiciones de su libido, aun cuando les haya encontrado ya una sustitución (...). Lo normal es que el respeto a la realidad obtenga la victoria. Pero su mandato no puede ser llevado a cabo inmediatamente, y sólo es realizado de un modo*

paulatino, con gran gasto de tiempo y de energía de carga, continuando mientras tanto la existencia psíquica del objeto perdido” (Freud, S., 1997, p. 2.092). He aquí en cuanto al duelo, donde se impone la realidad al fin de cuentas, y el sujeto lograría sustituir el objeto perdido y su libido encontraría otro destino.

Por su parte, la melancolía se presentaría de 3 maneras: En muchos casos también constituye una reacción a la pérdida de un objeto perdido. En otros, la pérdida es de naturaleza más ideal, es decir, el sujeto no ha muerto pero ha quedado perdido como objeto erótico (el caso de la novia abandonada). Por último, están aquellos casos donde no distinguimos claramente lo que el sujeto ha perdido, y a éste tampoco le es posible percibirlo conscientemente. A este tipo de casos corresponde aquel donde la pérdida, causa de la melancolía, es conocida por el enfermo, *“el cual sabe a quién ha perdido, pero no lo que con él ha perdido”*. Así, Freud relaciona *“la melancolía con una pérdida de objeto sustraída a la conciencia”*, diferenciándola del duelo, donde *“nada de lo que respecta a la pérdida es inconsciente”* (Freud, S., 1997, p. 2.092).

Una segunda diferenciación importante está relacionada directamente con la primera. En efecto, si el duelo consiste en un proceso “naturalísimo”,

que “jamás” se puede ligar a una patología, todo lo que él involucra para el sujeto se vive de manera consciente, por lo menos en lo que respecta a la pérdida del objeto amado. Esta diferencia produce que *“el melancólico muestra (...) otro carácter que no hallamos en el duelo: una extraordinaria disminución de su amor propio, o sea, un considerable empobrecimiento de su yo. En el duelo el mundo aparece desierto y empobrecido ante los ojos del sujeto. En la melancolía es el yo lo que ofrece estos rasgos a la consideración del paciente”* (Freud, S., 1997, p. 2.093). Este empobrecimiento de la realidad y del mundo que rodea al sujeto, es una de las características principales del proceso de duelo, relacionada con la pérdida de sentido y de significado que invade la vida del duelista.

Además de compartir la pérdida del objeto amado, la melancolía y el duelo comparten *“el carácter de desaparecer al cabo de cierto tiempo, sin dejar tras sí grandes modificaciones. En el duelo explicamos este carácter, admitiendo que era necesario un cierto lapso para la realización detallada del mandato de la realidad, labor que devolvía al yo la libertad de su libido, desligándola del objeto perdido”* (Freud, S., 1997, p. 2.097). Así, congruentemente con su consideración de la no existencia de un duelo patológico, el autor piensa que todo duelo desaparece con el tiempo, gracias al mandato de la realidad por sobre el deseo psíquico.

Para mejor comprender el proceso de duelo, resumiremos lo que para Freud constituye el proceso psíquico de la melancolía:

- a) *“Al principio existía una elección de objeto, o sea, un enlace de la libido a una persona determinada”* (Freud, S., 1997, p. 2.097).
- b) *“Por la influencia de una ofensa real o de un desengaño, inferido por la persona amada, surgió una conmoción de esta relación objetal, cuyo resultado no fue normal, o sea, la sustracción de la libido de este objeto y su desplazamiento hacia uno nuevo”* (Freud, S., 1997, p. 2.095).
- c) En lugar de desplazarse la libido hacia otro objeto, *“la carga del objeto demostró tener poca energía de resistencia y quedó abandonada; pero la libido libre no fue desplazada sobre otro objeto, sino retraída al yo”*. Con ello, se establece *“una identificación del yo con el objeto abandonado”* (Freud, S., 1997, p. 2.095).
- d) *“La sombra del objeto cayó, así, sobre el yo”*, el cual, a partir de este momento será juzgado como un objeto y, en realidad, *“como el objeto abandonado”* (Freud, S., 1997, p. 2.095).
- e) De esta manera, la pérdida del objeto se transformó en la pérdida del yo, *“y el conflicto entre el yo y la persona amada, en una disociación entre la actividad crítica del yo y el yo modificado por la identificación”* (Freud, S., 1997, p. 2.095).

Para que el proceso psíquico anterior se produzca, son necesarias algunas condiciones:

- a) *“Tiene que haber existido una enérgica fijación al objeto erótico”* (Freud, S., 1997, p. 2.095).
- b) En contradicción con la anterior, tiene que haber existido *“una escasa energía de resistencia de la carga de objeto”* (Freud, S., 1997, p. 2.095).
- c) La contradicción se produce porque la elección de objeto ha tenido efecto sobre una base narcisista, de tal manera que, *“en el momento en que surja alguna contrariedad, pueda la carga de objeto retroceder al narcisismo”*. Así, *“la identificación narcisista con el objeto se convierte en un sustituto de la carga erótica, a consecuencia de la cual no puede ser abandonada la relación erótica, a pesar del conflicto con la persona amada”* (Freud, S., 1997, p. 2.095).

Es importante lo anterior, ya que más adelante veremos cómo algunos de los conceptos vertidos por Freud para referirse a la melancolía, han sido retomados por la psiquiatría y psicología contemporáneas para explicar algunos fenómenos del duelo patológico.

Por su parte, Lacan incorpora algunos conceptos que permitirían diferenciar el duelo de la melancolía. Se trata del *objeto a* y el *objeto i (a)*. El primero designa “*el objeto deseado por el sujeto y que se sustrae a él, al punto de ser no representable, o de convertirse en ‘un resto’ no simbolizable. En tal carácter, sólo aparece como una ‘falta en ser’, en forma estallada, a través de cuatro objetos parciales separados del cuerpo: el pecho, objeto de la succión; las heces, objeto de la excreción; la voz y la mirada, objetos del deseo en sí*” (Roudinesco, E. y Plon, M., 2003, p. 759). Es el objeto rodeado por la pulsión en su circuito circular. Respecto al *objeto i (a)*, Lacan nos dirá que éste es el soporte del deseo del Otro, es cuando adviene la función de la imagen especular, es decir, cuando el infante se mira al espejo y se ve como una totalidad, y “*se vuelve hacia el adulto como para apelar a su asentimiento y luego de nuevo hacia la imagen, parece pedir a quien lo sostiene –y que representa aquí al Otro con mayúscula- que ratifique el valor de esta imagen*”. En otras palabras, *i (a)* “*es cuando se anuda la relación especular con la relación con el Otro con mayúscula*” (Lacan, J., (2006). p. 42-48). En palabras de Soca, “*El i (a) señala un momento de constitución subjetiva. El estadio del espejo tiene como función hacer surgir el i (a), el a con su envoltura, el a capturado por una imagen*” (Soca, J. J., 2006b, p. 18). Ahora bien, el sujeto sólo tiene frente a él, en el espejo, la imagen virtual de ese anudamiento. La ilusión del espejo sólo le da una imagen virtual, una

“imagen caracterizada por una falta –o sea, lo que en ella se evoca no puede aparecer ahí (...). En ella el deseo está, no sólo velado, sino puesto esencialmente en relación con una ausencia” (Lacan, J., 2006, p. 55). Aún así, existe la posibilidad de una presencia, pero inaprensible para el sujeto. Esta presencia es la del *objeto a*, el inalcanzable, por eso cumple la misma función que el fantasma.

Para Lacan, entonces, lo que diferencia el duelo de la melancolía es que *“el problema del duelo es el del mantenimiento, en el nivel escópico, de los vínculos por los que el deseo está suspendido, no del objeto a, sino de i (a), por el que todo amor está narcisísticamente estructurado (...). Esto constituye la diferencia entre lo que ocurre en el duelo y lo que ocurre en la melancolía y la manía”* (Lacan, J., 2006, p. 362).

Lacan nos dirá que, en “Duelo y melancolía”, *“tras defender la noción de reversión de la libido presuntamente objetal al yo propio del sujeto, Freud confiesa, en sus propios términos, que evidentemente en la melancolía este proceso no culmina, porque el objeto supera a la dirección del proceso. Es el objeto el que triunfa. En la melancolía se trata de algo distinto del mecanismo del retorno de la libido en el duelo, y, por este motivo, todo el proceso, toda la dialéctica, se edifica de otro modo. En cuanto al objeto, Freud nos dice que*

es preciso (...) que el sujeto le dé explicaciones. Pero el hecho de que se trate de un objeto a, y de que éste esté habitualmente enmascarado tras el i (a) del narcisismo y sea ignorado en su esencia, exige para el melancólico pasar, por así decir, a través de su propia imagen, y atacarla en primer lugar para poder alcanzar dentro de ella el objeto a que la trasciende, cuyo gobierno se le escapa –y cuya caída le arrastrará en la precipitación-suicidio, con el automatismo, el mecanismo, el carácter necesario y profundamente alienado con el que (...) se llevan a cabo los suicidios melancólicos...” (Lacan, J., 2006, p. 363).

En la melancolía, el deseo se dirige al yo del sujeto. El melancólico, por tanto, debe “*atacar su propia imagen*” para alcanzar el *objeto a* “*enmascarado tras el i (a)*”, mientras en el duelo el deseo queda suspendido a sus vínculos con el *objeto i (a)*, lo que hace que el sujeto del duelo se enfrente “*a una tarea que sería la de consumir una segunda vez la pérdida del objeto amado provocada por el accidente del destino. Y sabe Dios cuánto insiste, con razón, en el aspecto detallado, minucioso, de la rememoración de todo lo que se ha vivido del vínculo con el objeto amado*” (Lacan, J., 2006, p. 362). Efectivamente, podemos ver que los textos que analizaremos están salpicados de evocaciones no sólo del objeto amado que se ha perdido sino, además, de los vínculos que el sujeto del duelo tenía con él: “... *eras capaz*

de manifestar la vida ahí donde yo ya no la sentía. Admirabas la vida en general, aborrecías la pequeñez y el egoísmo” (Vera, I, 2003, p. 51), o bien *“Claudio era muy entretenido, su mente rápida, adelantada en el tiempo (Acuario), buscador de respuestas con convencimiento...”* (Jiménez, A., 2004, p. 99).

Por último, nos gustaría señalar un punto que nos parece importante. Se trata del duelo como un llanto consagrado al difunto, es decir, *“ese fondo de reproches que supone el hecho de que, de la realidad de aquel a quien se ha perdido, sólo se quiera recordar la pena que dejó”* (Lacan, J., 2006, p. 46). Pero Lacan nos dice que no debemos olvidar que el duelo también tiene su fase positiva: la de regocijarse de que el difunto haya existido (Lacan, J., 2006, p. 47). Podemos encontrar ambas fases en los textos que veremos, primeramente en referencia al lamento por la pérdida del objeto perdido, donde todo lleva a recordarlo: *“... un olor, un color, el viento, un sonido o una flor...”* y desear morir para estar con él (Jiménez, A., 2004, p. 43); y, posteriormente, en relación al agradecimiento por la existencia del hijo perdido: *“Bueno, Cris, mi niño hermoso, no tengo nada más que decir, sólo agradecer tu compañía constante como dijo el José en tu segundo aniversario: ‘Perdí un hermano y gané un compañero en el silencio’. Así te*

siento, presente siempre, y ya casi no me agobia el dolor, tú eres tú, yo soy yo, sólo el inmenso amor que nos une” (Vera, I, 2003, p. 159).

3.5.2. Perspectivas Contemporáneas sobre el Duelo.

Hemos visto que, desde la publicación del texto de Sigmund Freud hasta nuestros días, ha corrido mucha agua bajo los puentes, llegándose a importantes especificaciones respecto al duelo. De hecho, actualmente existe una verdadera caracterización del duelo, algunos de ellos considerados patológicos. Así, se considera que habría distintas patologías asociadas a un proceso de duelo mal llevado o mal procesado. Para entrar en el tema, recurriremos a algunas definiciones y apreciaciones de la psiquiatría contemporánea.

En primer término, es necesario entender que el duelo, por antonomasia, se refiere a la muerte de sujetos conectados por vínculos afectivos, aunque es posible generalizar hacia cualquier otra pérdida vincular: en la pareja y sus hijos, en la familia y sus ciclos e, incluso, pérdidas en otros niveles sociales e históricos.

Una segunda definición de importancia nos pone en el escenario de definir el tipo de duelo. Así, es necesario *“delimitar el duelo normal del duelo patológico, pues debemos considerar que todos los individuos sufren pérdidas que llevan a procesos de duelo. Entonces, una dificultad crucial reside en dónde trazar la línea que separa el duelo normal del patológico”* (Cobarrubias, E., 1999, p. 38).

Un tercer problema deriva del hecho de que *“los procesos de duelo (...) evolucionan con períodos de angustia y de depresión, usualmente aceptados en la sociedad como parte del luto. Estos síntomas pueden tener la categoría de síndromes y ser llamados reactivos a la pérdida. Pero también pueden llevar a un diagnóstico dentro del dominio de las enfermedades angustiosas y afectivas, lo que modifica el sentido del proceso de duelo”* (Cobarrubias, E., 1999, p. 38).

Con las 3 definiciones anteriores, Covarrubias nos abre un abanico respecto al duelo que va desde la pérdida del objeto, sea este el que sea, hasta algunos diagnósticos posibles que se pueden relacionar con dicha pérdida, y que podrían categorizarse como duelos patológicos. Al respecto, señala que el duelo *“estará teñido por la presencia de aquellos cuadros clínicos –por ejemplo, esquizofrenia-, como también estará marcado por las*

distintas personalidades de los individuos" (Cobarrubias, E., 1999, p. 38 y 39).

Existirán los siguientes tipos de duelo patológico, según Covarrubias (1999):

- a) Duelo crónico: *"Corresponde a situaciones prolongadas en el tiempo, que se relacionan con la dependencia afectiva en el vínculo con la persona perdida (...). Usualmente, la estructura de la personalidad de estos sujetos se da con rasgos de dependencia infantil o inmadura"* (Cobarrubias, E., 1999, p. 39).

- b) Duelo suprimido: *"Corresponde a personas cuyo lazo con el 'perdido' ha sido marcadamente ambivalente"* (Cobarrubias, E., 1999, p. 39), sobre todo en su fase de expresión emocional, en especial de la pena y tristeza.

- c) Duelo distorsionado: *"Ocurre característicamente cuando no ha habido preparación para la pérdida –por ejemplo, si ha sido brusca o a destiempo- o si se ha caracterizado por factores traumáticos: fallecimientos múltiples, muerte horrorosa o por enfermedades generadoras de temor, como cáncer y SIDA. Aquí el proceso se da con una alteración de la secuencia del duelo y/o intensificación excesiva de*

alguna de sus etapas; por ejemplo, permanencia en la búsqueda, preeminencia de rabia y desesperación versus pena y tristeza” (Cobarrubias, E., 1999, p. 39). También existirían formas mixtas de duelo.

Por último, plantea las siguientes reacciones y etapas del duelo (Cobarrubias, E., 1999, p. 40):

- Reacciones emocionales dirigidas a la actividad de búsqueda y venganza
- Reacciones de retraimiento y concentración en sí mismo, como elaboración de término de una relación, y dando oportunidad a la reparación
- Reorganización y creatividad de nuevos espacios de vida

Llama la atención el acento en la recuperación de los “*nuevos espacios de vida*”, el que nos remite a esa segunda similitud, que decía Freud, entre melancolía y duelo, es decir, a su característica de desaparecer con el tiempo.

3.6. A Modo de Resumen

Los conceptos que hemos desarrollado, de manera gruesa y esquemática, nos permitirán acercarnos a los textos que serán la base de

nuestra investigación. A medida que los analicemos, los iremos articulando y relacionando con el proceso de duelo que vivieron sus autoras, como si en ellos estuviesen inscritos sus respectivos inconscientes, con los significantes más relevantes y la cadena de significantes construida y puesta en escena en el discurso.

Quando se trata de la muerte de un ser querido o cercano, se habla de “trabajo de duelo”, como si se tratase de algo organizado, planificado, meditado y consciente. Esa expresión debe designar, más bien, *“las modificaciones que, sin que lo sepamos, se producen en nuestro inconsciente, en esa otra escena en que quedan grabadas nuestras primeras representaciones, nuestros lazos afectivos precoces, y se dibujan las trayectorias de nuestras pulsiones, escena de inscripción de los significantes que van a habitarnos y determinarnos durante la vida y frente a la muerte”* (Raimbault, G. 1997, p. 12).

Son, precisamente, los conceptos de trauma, pulsión y significante -y su relación con los registros de lo Real, de lo Imaginario y de lo Simbólico-, los que nos guiarán en el análisis de una escritura *“de una densidad emocional excepcional”* (Covarrubias, E., en Prólogo de Vera, I., 2003, p. 9), desplegada a raíz de un duelo mayor: la pérdida de un hijo.

4. MARCO METODOLÓGICO

4.1. Enfoque metodológico

El presente estudio se inscribe en el diseño de la investigación cualitativa, donde lo cualitativo corresponde al conocer y describir, a la experiencia y a los significados humanos, a lo subjetivo, produciendo descripciones de las conductas ajenas o propias, así como de las palabras dichas o escritas por los sujetos. De acuerdo a Garretón y Mella, *“el objetivo primordial del análisis cualitativo es (...) identificar acontecimientos, cualidades, contenidos. Es la búsqueda de la variación, de la estructura y de los procesos que se encuentran o donde se encuentra el acontecimiento, cualidad o contenido”* (Mella, O., 1995, p. 25).

Este es, precisamente, el sentido de nuestra investigación, es decir, encontrar los aspectos relevantes como los valores, intenciones, motivaciones, sentimientos, significados de vida, vivencias y representaciones psíquicas que forman parte de la experiencia humana, en este caso, relacionada con el proceso de duelo. Es así como partimos del supuesto de *“que ciertas experiencias humanas representan cualidades básicas cuyo contenido no puede ser medido, cuantificado, como por ejemplo la experiencia del yo personal, de ser viviente, de tener angustia,*

sentir amor, alegría, etc." (Mella, O., 1995, p. 25), siendo este supuesto uno de los principios del enfoque cualitativo.

Otra característica del enfoque cualitativo, y que nos parece muy importante para esta investigación, es que el investigador no es un sujeto que se encuentra afuera del objeto, capaz de mirarlo con entera objetividad y sin intervenir su realidad. Más bien, el elemento subjetivo que incorpora el sujeto al objeto de estudio, es un elemento central para su comprensión. Ya hemos señalado nuestra relación no sólo con las autoras de los textos a analizar sino, además, con la realización de los dos textos, es decir, con su redacción final para ser editados y publicados en formato de libros. Según Taylor y Bogdan, "*los investigadores cualitativos son sensibles a los efectos que ellos mismos causan sobre las personas que son su objeto de estudio*" (Taylor, S. J. y Bogdan, R., 1987, p. 20), en este caso, los libros a analizar. En efecto, el trabajo realizado sobre los originales consistió en separar los contenidos en distintos capítulos, subtítulos y párrafos, así como incorporar una puntuación que permitiera una lectura fluida de los textos, es decir, fue una labor de forma. A pesar de lo anterior, queremos precisar que sería ingenuo de nuestra parte pensar que no hubo, de alguna forma, una intervención en los contenidos de ambos textos. Algo de sí mismo hay del editor de los libros en ellos, pero como investigadores cualitativos

comprendemos que no es posible que esto no suceda. Además, comprendemos que, por el sólo hecho de acercarnos desde un enfoque cualitativo, nuestros análisis y conclusiones serán atravesados por nuestros propios significantes.

Por último, podemos señalar que la elección de una metodología cualitativa para nuestro trabajo se debe a que ésta *“estudia significados intersubjetivos, situados y contruidos (...). Elige la entrevista abierta y la observación directa (...). Estudia la vida social en su propio marco natural sin distorsionarla ni someterla a controles experimentales”* y, para terminar, lo que es más importante para nuestra investigación: *“elige la descripción espesa y los conceptos comprensivos del lenguaje simbólico”* (Ruiz e Ispizúa, 1989, p. 24).

4.2. Tipo de Estudio y Diseño de la Investigación

4.2.1. Tipo de Estudio

Las características del tema escogido nos llevan a plantear nuestro estudio como exploratorio, ya que nos permitirá conocer o *“aumentar el grado de familiaridad con fenómenos relativamente desconocidos”* (Hernández, R., Fernández, C. Baptista, P. 1991, p. 59), debido a que no

conocemos una investigación de este tipo en nuestro país. Pensamos que uno de los motivos de esta carencia se debe a que las producciones escritas por madres que han perdido un hijo adolescente (de entre 15 y 21 años), a raíz de un evento traumático o violento, durante su proceso de duelo, son escasas y recientes. Hemos hecho referencia en el capítulo “Formulación del Problema y Pregunta de Investigación” a los textos escritos por madres que hablan de la pérdida de un hijo. Como vimos, sólo los que analizaremos en este trabajo cuentan con los criterios y características que nos hemos propuesto.

Por otra parte, nuestro estudio no persigue la comprobación de ninguna hipótesis, sino la exploración de ciertas dimensiones relacionadas con el proceso de duelo, así como con los conceptos de vida y muerte, de acuerdo a cómo aparezcan en el objeto de estudio, es decir, los dos libros en cuestión.

4.2.2. Diseño de Investigación

El diseño de nuestra investigación corresponderá al paradigma complejo, paradigma imposible de definir en términos simplificadores. Emilio Roger Ciurana nos dice al respecto que “...*definir completamente el término*

complejidad, cosa imposible de hacer si lo que defendemos es el hecho de que es imposible explicar exhaustivamente un sistema complejo. Pero ganaremos bastante terreno si mostramos que la complejidad no es ni la complicación ni la completud, ni la simplificación al revés (todas ellas formas de inteligibilidad de la ciencia clásica, conminaciones del paradigma de simplificación” (Roger, E., 1997, p. 281. el paréntesis es cerrado más adelante por el autor). En términos más generales, el paradigma complejo se centra en entender y entendernos desde una visión que comprende múltiples factores y dimensiones. Entre ellos, Roger nos presenta conceptos claves en el paradigma moriniano, como “la idea de irreductibilidad del azar y del desorden; la necesidad de reintroducir lo local, lo singular, el tiempo, lo histórico, frente a la abstracción universalista; la idea de bucle tetralógico, en donde se trenzan dialógicamente los conceptos de orden / desorden / interacciones / organización; la idea de organización: unitas multiplex (...); las ideas de apertura, autonomía, recursividad y embuclamiento; la idea de comprensión y no sólo de explicación y formalización. La idea de cualidad y no sólo de cantidad (...). La idea de incertidumbre, imprecisión. Las ideas de complementariedad, concurrencia y antagonismo, inseparables en su dialógica cuando afrontamos fenómenos complejos: multidimensionales, de relación y de relatividad...” (Roger, E., 1997, p. 294 - 295). Este entrelazamiento de ideas se nos presenta como una oportunidad para

comprender, de mejor forma, nuestro “objeto de estudio” que, en este caso, son textos donde las palabras escritas dicen más que la conjunción de sus respectivas definiciones de enciclopedia. Son palabras cargadas de emociones, esto quiere decir que las palabras pueden poseer una múltiple definición: una definición formal, una emotiva, una cultural, etc. Las palabras se enmarcan en un concepto más amplio, como es el lenguaje, término relacionado directamente con la interpretación ya que, como explicamos, debemos comprender el lenguaje en sus múltiples dimensiones. Desde la mirada psicoanalítica, nos interesará comprender en el lenguaje de nuestros textos, principalmente, lo simbólico.

Trabajar con el lenguaje significa no sólo trabajar con un instrumento de comunicación interpersonal sino, además, intrapersonal. Para el lingüista Roman Jakobson, este último tipo de comunicación “*se desarrolla gradualmente durante la adquisición del lenguaje y origina procesos mentales tan importantes como el ‘lenguaje interior’, con sus monólogos internos*” (*Lingüística y significación*, 1979, p. 10). Este será el material de nuestra investigación, ya que se trata de un lenguaje escrito dicho para sí mismo, más allá de su capacidad de comunicación para los otros. Es un lenguaje escrito en el dolor de la pérdida y su poder radica en que no está escrito pensando en un posible lector, sino que relatan los sentimientos,

temores, ideas, fantasías y esperanzas de sus autoras, durante sus procesos de duelo.

4.2.3. Universo y Muestra

Nuestra investigación tiene por objeto de estudio dos libros: el primero de ellos se titula “Cris o la plenitud del vacío” y está escrito por Isabel Vera Giusti. Este libro fue publicado por Editorial Cuarto Propio, en el año 2003.

El segundo de ellos se titula “Los puentes de oro” y su autora es Adriana Jiménez. Es un libro autoeditado en el año 2004.

Como se mencionó en el capítulo “Formulación del Problema y Pregunta de Investigación”, la muestra seleccionada es intencionada ya que poseemos cierto conocimiento del universo a estudiar, y se han elegido estos dos libros cuyos procesos de producción conocemos cercanamente y responden a nuestros Objetivos y Pregunta de Investigación. En efecto, en “Cris o la plenitud del vacío” a uno de nosotros le correspondió trabajar en la edición del material en bruto, entregado por la autora.

Por su parte, en “Los puentes de oro” también uno de nosotros realizó la edición general del libro, trabajando codo a codo con su autora, cuyo hijo Claudio falleció cuando tenía 21 años de edad.

4.2.4. *Técnicas de Recogida/Producción de Información*

Para llevar a cabo la recopilación de la información de nuestra investigación, trabajaremos con las fuentes documentales señaladas anteriormente, realizándose una investigación teórica para su interpretación y análisis.

Sobre la recopilación documental que realizaremos, Ezequiel Ander-Egg nos presenta una definición al decir que *“la recopilación documental es un instrumento o técnica de investigación social cuya finalidad es obtener datos e información a partir de documentos escritos y no escritos, susceptibles de ser utilizados dentro de los propósitos de una investigación en concreto”* (Ander-Egg, E. 1995, p. 213). Ander-Egg nos explica, también, que existen distintos tipos de análisis, dependiendo del tipo de documento: *“Existe una amplia variedad y diversidad de documentos utilizables para una investigación. Nosotros sólo pretendemos dar una visión de conjunto de los mismos haciendo una clasificación según la forma de presentación del*

documento. Conforme a ello distinguiremos cinco tipos principales de documentos: documentos escritos, documentos numéricos o estadísticos, documentos cartográficos, documentos de imagen y sonido, documentos-objeto” (Ander-Egg, E. 1995, p. 214).

Ya que nuestro objeto de estudio serán textos escritos, Ander-Egg nos aporta un grado mayor de especificidad al subdividir el análisis de dichos textos en: *“Documentos escritos: Se trata de documentos de muy variada índole, desde fuentes históricas hasta periódicos y cartas personales, pasando por archivos, informes, estudios, etc. y documentos indirectos” (Ander-Egg, E. 1995, p. 214).* Encontramos nuestro tipo de texto en lo que el autor denomina documentos personales: *“Documentos personales: correspondencia, memorias, diarios, etc. Estos documentos se utilizan especialmente cuando se realizan investigaciones de tipo psico-social; los más corrientes son las cartas personales, autobiografías, actas de acontecimientos familiares, diarios, memorias, cuadernos personales, etc.” (Ander-Egg, E. 1995, p. 216).*

Pero el autor nos hace una advertencia a la hora de trabajar con este tipo de textos, al señalar que *“este tipo de documentación suele tener una fuerte carga subjetiva: autojustificación, racionalización de conductas*

asumidas, catársis, exhibicionismo, defensa, etc.” (Ander-Egg, E. 1995, p. 216). En este sentido, la advertencia del autor es, precisamente, una invitación para adentrarnos en la subjetividad de estos textos.

Como se ha señalado, el objeto de nuestra investigación son dos libros escritos por madres durante su proceso de duelo a raíz de la pérdida de un hijo adolescente (entre 15 y 21 años), en un evento violento o traumático. Es por ello que resulta sustantivo realizar un análisis teórico de dichas fuentes documentales, las que se constituyen en “*medios de conservar en forma de documento un fenómeno (social) que de otra forma no hubiera dejado huella*” (Duverger, 1972, p. 115).

En efecto, los dos libros señalados anteriormente dan cuenta de un fenómeno que hubiese quedado inédito y en las sombras si no se hubiesen escrito y, luego, publicado. De esta manera, según la clasificación de Ander-Egg, “Cris o la plenitud del vacío” y “Los puentes de oro” están situados, más bien, en el tipo de “documentos personales” ya que, si bien reflejan una realidad cultural, el objetivo por el cual fueron escritos fue, claramente, personal: “*¿Será la idea que me he hecho a mí misma de que debo escribir? Si logro exorcizar esta tormenta interna, habrá valido la pena. Si logro darme cuenta que no es eso lo que necesito, también habrá valido la pena (...). Si*

es sólo por hacer el esfuerzo de escribir y poner atención en algo productivo, en lugar de divagar mirando cómo pasan los días, permitiendo que ellos pasen y, así, se acerque naturalmente el momento de mi partida, también habrá valido la pena” (Vera, I., 2003, p. 13).

4.2.5. Técnicas de Análisis de la Información

Para el análisis de la información contenida en los dos textos que se revisarán, se recurrirá a las técnicas de análisis de discurso, debido a que buscamos conocer lo que nos dicen esos libros, más allá de la conjunción de definiciones respecto de las palabras empleadas en ellos. Dominique Maingueneau nos precisa este punto: *“La motivación del análisis de discurso es doble: las frases contienen elementos que no pueden interpretarse en el nivel de la frase misma, y la interpretación de un discurso dado no se reduce a la suma de las interpretaciones de las frases que lo componen”* (Maingueneau, D., 2005, p. 32). De esta manera, para identificar los aspectos relevantes en la relación vida/muerte, como también las cadenas de significantes relacionadas con el duelo, deberemos “leer entre líneas”, gracias a la técnica de análisis de discurso.

Nuestra pretensión es acercarnos al *sentido* de nuestros textos, analizarlos desde la comprensión de un *sentido subjetivo*, donde existe un otro que escribió con una intención determinada: “*El sentido no es un dato sino una construcción social y, más precisamente, comunicativa o dialógica; no se trata pues, de un ‘objeto’ sino del proceso mismo en que la relación intersubjetiva se expresa*” (Delgado, J. M., Gutiérrez, J., 1995, p. 427). Así, entenderemos que el sentido es interpretable, interpretación de sentido que es, precisamente, la función principal del análisis del discurso, ya que “*el análisis del discurso aparece como la disciplina que estudia el lenguaje en tanto actividad inserta en un contexto que produce unidades transoracionales*” (Maingueneau, D., 2005, p. 33), donde es el lenguaje quien debe ser develado para la comprensión del sentido.

Debido a que nuestra investigación se enmarca en un enfoque psicoanalítico, podemos comprender que en el análisis del discurso, buscando el *sentido*, serán develados aspectos tanto conscientes como inconscientes y, dado que al identificar los significantes deberemos relacionar nuestra técnica de análisis con nuestro enfoque teórico, debemos señalar que el análisis del discurso y el psicoanálisis tienen un punto de convergencia: el lenguaje.

Para aclarar el nexo entre la mirada psicoanalítica y el análisis del discurso, Delgado y Gutiérrez nos proporcionarán una guía fundamental: *“el mundo es un ordenamiento por la palabra, un campo de significaciones. El hombre viviente es un viviente afectado por la palabra. Esa afección es lo que produce la división del sujeto. El modo de vínculo para el hombre va a residir a partir de aquí en el discurso: el sujeto está atravesado por los discursos”*. Y luego agrega: *“El lenguaje permite situar el inconsciente que, al estructurarse como un lenguaje, hace del lenguaje mismo su propia condición de existencia”* (Delgado, J. M., Gutiérrez, J., 1995, p. 466 y 481). De este modo, el psicoanálisis es tanto un *“análisis de la psique”* como un *“análisis del discurso”*, ya que el sujeto es puro lenguaje que se hace en el discurso; además, en el psicoanálisis la palabra es la herramienta fundamental.

Será el propio Freud quien, antes del surgimiento de la lingüística con Saussure, proporciona las bases de la misma: *“La lingüística se instituyó haciendo un corte entre el significado y el significante. Permitted que el significante se ordenase en autonomía respecto al significado. Así se pudo aislar en fonemas (...). Freud caracterizó el proceso primario como un proceso que trabaja con la condensación y el desplazamiento. Las formaciones del inconsciente y los síntomas son formas del trabajo de este*

proceso: las representaciones de palabras reprimidas dejan en su lugar, a través de la sustitución y combinación, a las representaciones de cosa. Y esto es la forma de asegurar goce a pesar de la represión (...). Al leer, desde la lingüística, la representación de cosa como autonomía del significante o la condensación y el desplazamiento como metáfora y metonimia, podemos decir: el inconsciente se estructura como un lenguaje, pero además, la autonomía significante aislada por la fonología, está dialectizada por el psicoanálisis” (Delgado, J. M., Gutiérrez, J., 1995, p. 482). Desde este punto de vista, comprenderemos que el psicoanálisis no sólo se anticipa a lo que será la lingüística, sino que la supera, abarcando significado y significante, comprendiendo su cercanía y oposición.

Para adentrarnos en el análisis del discurso, desde la mirada psicoanalítica, debemos comprender algunos conceptos previos. Delgado y Gutiérrez, una vez más, nos darán las pautas para la comprensión de esta técnica, comenzando por el conocimiento del sujeto y del lenguaje. La primera afirmación que los autores nos harán será que *“hablar es un equívoco en sí mismo”*. Para desarrollar esto dirán que, según la lingüística, *“...el significante se define por su relación con otro significante, de manera que la operación fundamental del significante es ser pura diferencia, cada elemento se define por ser diferente de los otros. Hablar es un equívoco en*

sí mismo porque resulta imposible imponer el principio de identidad: en la lengua ningún término quiere decir exactamente lo mismo que otro" (Delgado, J. M., Gutiérrez, J., 1995, p. 466). De esta forma, comprenderemos el equívoco como un desacierto o un no dar con lo cierto, es decir, no dar con la verdad. De esta forma pensaremos que, en un sentido, hablar es mentir.

Pero, ¿qué es la verdad sino una concordancia entre lo que se dice y lo que es? El problema surge en la imposibilidad de decir *lo que es*. Los autores plantearán una pregunta sobre esta concordancia de la verdad: *“¿qué concordancia arrastra o conlleva la verdad? ¿Una concordancia entre la palabra y la cosa o una concordancia entre el significante y el significado? Supongamos que hubiera una concordancia entre la palabra y la cosa (...), el lenguaje sería exclusivamente una nomenclatura, carecería de significado, sería simplemente un diccionario, puesto que la significación atañe al concepto o esencia, como ya dijo Aristóteles, no atañe a la cosa. (...). Respecto a una posible concordancia significante-significado (...), los significantes hacen cadena entre sí, remiten unos a otros (...), una cadena que supone siempre un intervalo donde se sitúa el sujeto dividido y el deseo. ¿Cómo se podría entonces acordar la cadena significante con una supuesta cadena de significado? Habría que retrotraerse inevitablemente de nuevo a*

la nomenclatura: esto es, a un sistema o un orden en el cual el significado sería algo dado, en ningún caso algo producido” (Delgado, J. M., Gutiérrez, J., 1995, p. 467).

Con esta aproximación, los autores sitúan la palabra en el ámbito de lo subjetivo y, no sólo eso, de la incompreensión entre los sujetos, ya que serían sujetos con cadenas de significantes distintas que producirían “*verdades disímiles*”. Pero surgirá un elemento que buscará sincronizar al “*hombre del lenguaje con el hombre viviente*”, y este elemento será el discurso social. Para nuestros autores, éste “*...constituye un proyecto de una unidad de sentido consciente de su condición metafórica, es decir, la imprevisibilidad del sentido, su efecto de sorpresa, su carácter poético o creativo, podríamos decir. El discurso social pretende sustituir ese carácter metafórico por una homogeneidad de la significación, creando la paradoja de un lenguaje muerto. Esa es la paradoja del discurso social y esa es su estrategia: petrificar el significante por medio de las identificaciones y de las idealizaciones*” (Delgado, J. M., Gutiérrez, J., 1995, p. 467).

El punto anterior es, para nuestra investigación, de vital importancia ya que será en nuestro análisis del discurso donde nos centraremos en la relación diferencia/similitud entre el significado y el significante, pues es en la

diferencia donde está el sujeto y en la similitud, el discurso social. De esta manera, nos queda claro que el análisis discursivo, enmarcado en un contexto psicoanalítico, permitirá identificar los aspectos más relevantes, comparar los aspectos semejantes y distintivos, e identificar las cadenas de significantes, en torno a la díada vida/muerte, de los textos de madres que han perdido un hijo (de entre 15 y 21 años) en un evento traumático, los que son nuestro objeto de estudio.

5. ANALISIS DE TEXTOS

Con el objeto de responder a la pregunta que guía nuestra investigación, es decir, **¿qué nos dice sobre la muerte y el proceso de duelo la escritura producida por madres que han perdido a sus hijos (de entre 15 y 21 años) por muerte violenta o traumática?**, y a partir de nuestro Objetivo General, el cual es *“analizar, desde una mirada psicoanalítica, lo que nos dice sobre la muerte y el proceso de duelo la escritura producida por madres que han perdido a sus hijos (de entre 15 y 21 años) por muerte violenta o traumática”*, analizaremos el discurso de los textos “Cris o la plenitud del vacío”, de Isabel Vera, y “Los puentes de oro”, de Adriana Jiménez. Para ello elaboramos lo que hemos llamado “Esquema del Significante Principal”, así como el “Esquema de la Cadena de Significantes”, correspondientes a cada texto. Por razones metodológicas expondremos primeramente lo que hemos denominado Esquema del Duelo, debido a que él nos permitirá definir los lugares, las funciones y las relaciones que luego veremos en los demás esquemas. De esta manera, nuestro análisis tendrá el siguiente ordenamiento:

- Primero intentaremos responder a la pregunta sobre el “para qué” fueron escritos estos textos, para lo cual elaboramos un esquema general -que aquí llamamos “Esquema del Duelo”- en relación al

proceso de duelo vivido por madres que han escrito sobre su experiencia, plasmándola en una obra.

- Luego, buscando responder una segunda pregunta referida a la forma en que la escritura se acerca a la muerte del hijo, elaboramos un esquema referido al significante más importante que circula a través de ellos, al que llamamos “Esquema del Significante Principal”.
- Finalmente, siguiendo la pregunta que como investigadores nos llevará a dar cuenta del funcionamiento de estos textos, buscaremos dilucidar el “cómo” de ellos, para lo que elaboramos un esquema referido a la cadena de significantes que encontramos en cada uno de los discursos presentes en los textos de nuestro análisis, y que designamos como “Esquema de la Cadena de Significantes”.

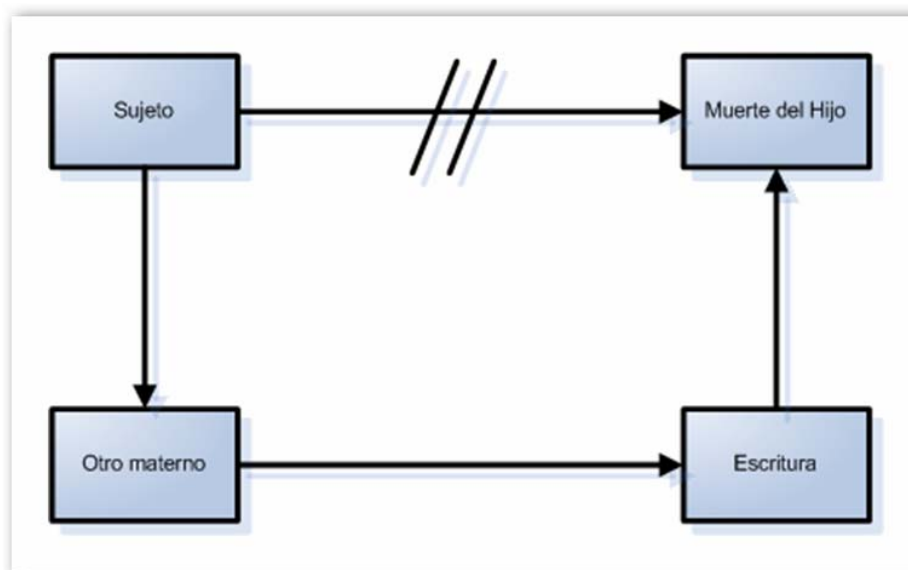
De esta manera podremos, al finalizar el análisis, sacar algunas conclusiones que den cuenta de nuestra Pregunta de Investigación y del Objetivo General planteado al inicio de la presente Tesis.

5.1. ¿Para qué escribe el Sujeto de la escritura?

A través de la pregunta ¿para qué escribe el Sujeto de la escritura?, buscamos acercarnos a lo que nos dicen los textos analizados respecto a la relación que el Sujeto (madre) establece con la muerte de su hijo, y cómo

desarrolla dicha relación. De acuerdo a lo planteado en nuestra “Introducción”, *“cuando un padre o una madre pierden a un hijo o hija, la lengua se queda huérfana de nombre, como si se tratase de una experiencia antinatural...”*. Esto da cuenta de una imposibilidad de simbolizar la muerte de un hijo, a nivel cultural. En los casos que analizamos, podemos observar un intento por significar esa pérdida, uniendo al Sujeto con la Muerte del Hijo a través de un eslabón significativo: la escritura. Para representar esta hipótesis, hemos elaborado lo que llamamos el Esquema del Duelo, el que detallamos a continuación.

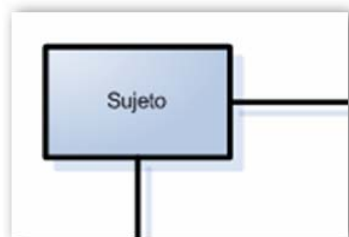
5.1.1. Esquema del Duelo



Con el objetivo de puntualizar de mejor manera nuestro esquema, y ver de qué modo se encuentra presente en todo el texto, iremos definiendo y, a modo de ejemplo, citando algunos fragmentos donde podemos encontrar tales estructuras, ya sea cumpliendo una función de lugar, de relación o de bloqueo. Entendemos por lugar, en este esquema, sus cuadros o cajas; por relación, las direcciones o flechas que van de un cuadro a otro del esquema; y, por último, por bloqueo, las líneas cruzadas que interrumpen una dirección o flecha que va de un cuadro a otro.

5.1.1.1. Lugares

5.1.1.1.1. Sujeto.



Entendemos por Sujeto al Sujeto del inconsciente, siguiendo la definición lacaniana. Y este Sujeto del inconsciente es, según las palabras de Rodolfo ya mencionadas en nuestro “Marco Teórico”, “*lo que representa un significante para otro significante*” (Rodolfo, R., 1996, p. 40). El Sujeto, entonces, está constituido por una red de significantes, es decir, “*para el*

advenimiento del Sujeto es necesaria la presencia de un significante que, a su vez, lo signifique como Sujeto” (Godoy, I., y Gutiérrez, L., 2004, p. 16). Podríamos decir que ese Sujeto será lo que un Otro significó en su cuerpo de recién nacido, haciéndolo surgir como Sujeto.

En el texto “Los puentes de oro”, encontramos al Sujeto en la siguiente cita: *“Ellos, en muchos momentos, me ayudaron a que ese remolino que giraba en el centro de mi corazón no me llevara a la desazón y, así, volver a caminar paso a paso, aprendiendo a pararme en la vida con la muerte dentro de mí”* (Jiménez, A., 2004, p. 43). ¿Qué Sujeto es el que vemos en esta cita? Vemos un Sujeto atravesado por el dolor a raíz de la pérdida del objeto amado, un Sujeto que tiene que rearticular la red de significantes que lo constituye, de manera de poder *pararse en la vida* nuevamente. Cuando analicemos los significantes y la cadena de significantes puesta en circulación en el texto “Los puentes de oro”, veremos más claramente a nuestro Sujeto, su relación con la pérdida y la significación que ésta tuvo para él.

Por su parte, en “Cris o la plenitud del vacío”, encontramos al Sujeto en la cita: *“Estos pensamientos pueden escucharse como absurdos, es obvio que un hecho como la muerte tiene cabida en la cultura, pero yo estaba*

inmersa en lo absurdo, en lo inexplicable, en lo incomprensible. Es como el mirar de un niño, ¿será posible que las estrellas vuelen?, ¿será posible que el sol vuelva a aparecer mañana? Los niños confirman con los adultos lo que van percibiendo, ¿ya está de noche mamá, cierto? Así me sentía yo, ¿será posible lo que está pasando? ¿Es posible? Entonces miraba y sentía todo lo que ocurría como si estuviese mirando por primera vez el mundo, porque obviamente // mi mundo, el que yo tenía, se había fisurado” (Vera, I., 2003, p. 31).

Para responder a la pregunta por el Sujeto de este texto, aunque sea someramente por ahora, es necesario señalar la importancia de lo *inexplicable* e *incomprensible* de la experiencia que está viviendo, experiencia que pareciera no tener ningún sentido para él. En efecto, al *fisurarse* su mundo con la muerte del hijo, el Sujeto se enfrenta a la ausencia de significados, a la carencia de sentidos, y vuelve a ver al mundo con la *mirada de un niño*, donde se plantean las primeras preguntas frente a aquello que parece no tener explicación. Aquí, entonces, se trata de un Sujeto que pone en cuestión las significaciones de los significantes que lo han constituido, cuestionamiento que se torna radical al requerir del Otro para reconstruirse (*¿ya está de noche mamá, cierto?*).

5.1.1.1.2. Muerte del Hijo.



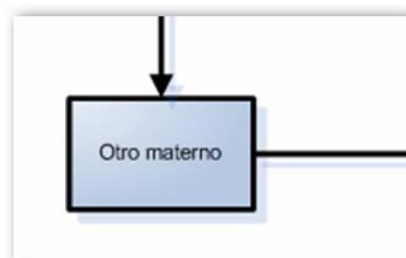
El lugar Muerte del Hijo está presente en las citas siguientes: “... *pilastras enormes de ataúdes iguales, que nos esperaban a la entrada. Era más que elocuente. Mi cuerpo no quería avanzar: intuía lo bestial del próximo paso // Al entrar ahí..., se me desgarró la vida. Es el dolor más grande que he vivido. Ver y sentir aún el dolor en sus caras y cuerpos mutilados, desfigurados por el fuego y el impacto, cuerpos irreconocibles, trancos, destrozados, inertes... Ese dolor era como un inmenso lamento que se unía al de todos nosotros. Todo el dolor era uno... Nada puede compararse a ese instante, a ese inmenso e indescriptible dolor que nos imbuía, traspasando cualquier límite*” (Jiménez, A., 2004, p. 35).

En “Cris o la plenitud del vacío”, se encuentra en “*El cuerpo roto de mi hijo*” (Vera, I., 2003, p. 18). También en “*En todo caso, a mí me pasó eso. No había ningún lugar en mi imaginario al que yo hubiese podido recurrir para ayudarme en este dolor. Jamás se me pasó por la mente que algo así pudiera pasarle a alguno de mis hijos. Pensar que se podía morir mi marido,*

sí; pensar que me podía morir yo, sí; pensar que podían morir mis padres, sí (Vera, I., 2003, p. 94). Y, por último, en “*Yo no sé lo que es la muerte. Cuando pronuncio esta palabra me produce escalofríos, no del tipo ‘eso me da susto’ o ‘eso’ no lo quiero ‘ver’. El escalofrío tiene que ver con que la palabra muerte no copa, no calza, no vislumbra o alumbra en absoluto el significado de la partida de mi hijo*” (Vera, I., 2003, p. 99).

En estas citas podemos ver lo que significó para cada Sujeto la pérdida del objeto amado. La muerte del hijo parece ser mucho más que lo que la palabra *muerte* designa, porque es el lugar de la angustia y del dolor, de aquello que no puede ser simbolizado ni significado, de lo que no tiene nombre ni participa del lenguaje. En definitiva, es el lugar que pertenece al registro de lo Real, por eso es el territorio del *dolor inmenso e indescriptible*, por eso *inimaginable*, del *cuerpo roto del hijo*.

5.1.1.1.3. Otro materno.



Entendemos por Otro materno el lugar fijo y estable que ocupa el Sujeto cuando se transforma en madre. Se trata de un lugar constituido por una red de significantes, traspasados de generación en generación. De acuerdo a Pommier, hablando de ese lugar llamado Otro materno, *“¡Ocurre que, justamente, la madre se distingue de la mujer advenida como tal! ¡Ella fue otra persona antes de ocupar ese lugar: también ella fue un sujeto, en primer término! Un sujeto que esperó responder a la pregunta acerca de lo que era una mujer gracias a la maternidad, sin dejar de buscar al mismo tiempo saldar su deuda respecto de sus propios ascendentes”* (Pommier, G., 2005, p. 29). De esta manera, el sujeto femenino, antes de ser madre, es no-madre, es decir, hija, sobrina, nieta, hermana, etcétera. Siempre en la periferia del lugar del Otro materno, porque sólo siendo madre podrá acceder a él, a sus significantes y al tesoro de sentidos que en ese lugar habita.

La pérdida del objeto amado, objeto que le permite al sujeto acceder a ese lugar del Otro materno, le lleva a cuestionarse, en el sentido de poner en duda lo afirmado, lo aprendido, lo sabido. Es desde esa duda que el sujeto captura los significantes que circulan en el lugar del Otro materno, obteniendo respuestas simbólicas y creando nuevas cadenas significantes.

A través de las siguientes citas pretendemos dar cuenta de estas respuestas simbólicas: *“En mi mente se repetía una de las tantas poesías que desde niña le escuché a mi madre:*

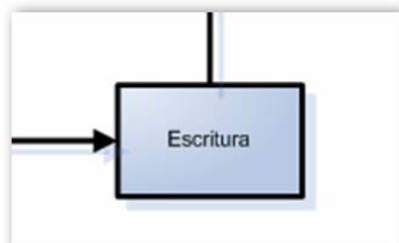
*“... No son muertos
los que en dulce calma la paz reposan
en las tumbas frías.
Muertos son aquellos
que muerta tienen el alma y viven todavía...”*

(Jiménez, A., 2004, p. 50).

En “Cris o la plenitud del vacío” lo encontramos en: *“Mi madre me tomó la mano y me dijo: Isabel, **el dolor por pérdida de un hijo es el sentimiento más puro que el ser humano puede experimentar**”* (Vera, I., 2003, p. 75. En negritas en el libro).

En las citas seleccionadas vemos la presencia de esos significantes que constituyen el lugar del Otro materno, así como su puesta en circulación a través de la palabra de la madre. Más adelante, cuando veamos las relaciones de estos distintos lugares, así como las cadenas de significantes que transitan los textos analizados, podremos dar cuenta más claramente de este Otro materno.

5.1.1.1.4. Escritura.



Finalmente, la Escritura son los propios textos, el trabajo de simbolización que los Sujetos hicieron para referirse a sus respectivos procesos de duelo. En “Los puentes de oro” encontramos las siguientes citas referidas a la necesidad de escribir: *“En el amanecer del séptimo aniversario de su muerte física, desperté con una gran necesidad de plasmar mi experiencia, teniendo conciencia de lo que su nacimiento, muerte y vida me enseñó y develó”* (Jiménez, A., 2004, p. 17). Y también: *“Pensé, entonces, escribir un libro y titularlo: ‘Perdí un hijo y gané un ángel’”* (Jiménez, A., 2004, p. 21). En esta última cita, la autora se refiere a los continuos contactos que tuvo con su hijo después de su muerte, a las múltiples manifestaciones con que su hijo se hizo presente en su vida, a pesar de haber fallecido. Hay, entonces, una *necesidad* de transmitir la propia experiencia a través de la escritura. Es lo que en “Cris o la plenitud del vacío” está formulado como pregunta: *“¿La idea de escribir será sacar afuera algo que está y está y empuja por salir? ¿Será la idea que me he hecho a mí misma de que*

necesito escribir?” (Vera, I., 2003, p. 13). Así, en ambos textos la escritura está planteada como una necesidad. Podemos pensar que esa necesidad se refiere a la de simbolizar, en este caso a través de la escritura, un evento traumático, sin la cual “*sería grande el riesgo de una fijación en el momento de la herida, una eternización del dolor...*” (Raimbault, G., 1997, p. 11). Asimismo, es importante tener en consideración que la escritura responde a una pulsión desviada de sus fines sexuales, es decir, sublimada, como se señala en el capítulo dedicado a la pulsión de nuestro “Marco Teórico”. En efecto, sabemos que cuando la energía libidinal es desviada de sus propios fines, es decir, cuando es orientada a fines no sexuales, se produce un proceso denominado sublimación. La creación de la obra, por medio de la escritura, refleja dicho proceso, realizando un trabajo significativo.

Por otra parte, en “Cris o la plenitud del vacío” encontramos una cita que nos parece importante, ya que ella nos habla del goce de la escritura: “*Me encanta escribir con lápiz mina y cuaderno. El computador lo uso ahora, es bueno el computador porque la máquina mediatiza...*” (Vera, I., 2003, p. 108). Ese goce de la escritura se parece a la rememoración del cuerpo reprimido, de la que hablamos en el capítulo dedicado a la escritura. Escribir sin la mediatización de la máquina, sino directamente sobre un papel, cargando el lápiz para marcar la consonante y la vocal, las sílabas, en un

ejercicio que rememora el cuerpo reprimido, he allí donde encuentra el goce el Sujeto de la escritura.

Por último, las dificultades a las que se enfrentó el Sujeto al momento de escribir, ante el trabajo significativo que representa la escritura, lo podemos ver en las siguientes citas: *“Al final de los seis primeros meses dejé de escribir, desistí, no había forma que pudiera encontrar las palabras para copar con lo que sentía, me aburrí, era una búsqueda infructuosa. Todo empezaba con qué, cómo, por qué, por dónde, y la forma no estaba, por lo menos no estaba hecha, no había respuestas, eso era lo único claro”* (Vera, I., 2003, p. 63).

“Estoy bajo un gran árbol, pero no alcanzo a sentir su fuerza. No alcanzo a sentir lo que quisiera hacer, lo que quisiera escribir. Estoy siempre buscando algo, no sé si son respuestas, algún tipo de orden, algún tipo de camino. Me quedaría aquí, sentada para siempre. Escuchando los sonidos, lejos de las cosas que me acuerdan de ti” (Vera, I., 2003, p. 50).

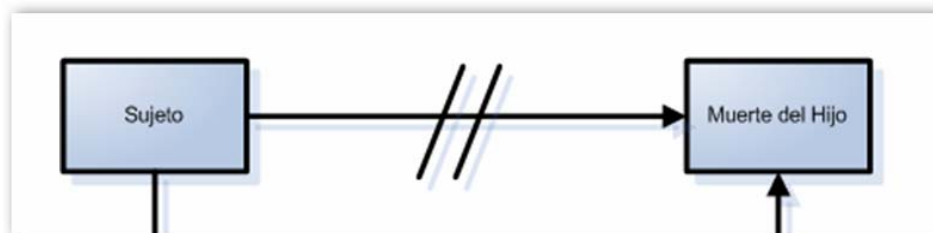
Hay aquí algo que la escritura parece no alcanzar, algo que parece imposible de ser simbolizado, y que nos recuerda el lugar de la Muerte del Hijo. Esa dificultad por poner en palabras los pensamientos, los temores, los

sentimientos, las angustias y las fantasías que el Sujeto experimentó durante su proceso de duelo, fue parte del trabajo significativo que tuvo que realizar y que, finalmente, fue plasmado en una obra escrita.

5.1.1.2. Relaciones

El “Esquema del Duelo” busca señalar una forma específica de enfrentamiento a la muerte de un hijo. Dicho en pocas palabras, el Sujeto de los textos analizados pareciera poder afrontar la muerte del hijo haciendo un recorrido hacia el lugar del Otro materno y, desde allí, enfrentarse a la muerte del hijo a través de la escritura, entendida ésta como un trabajo significativo.

5.1.1.2.1. Sujeto – Muerte del Hijo.



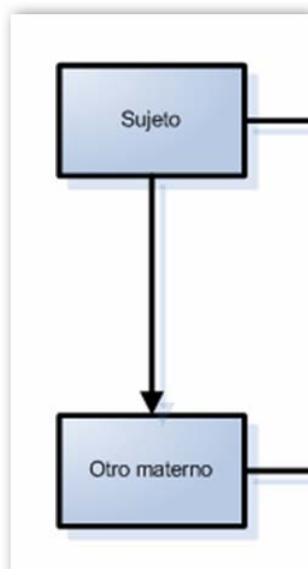
La muerte del hijo para estos Sujetos, representa un choque con el registro de lo real, es decir, de aquello que no puede ser simbolizado. Según Pommier, para quienes preguntan por lo real, “*¡No hay nada que iguale al*

dolor para que los soñadores que se interrogan acerca de la realidad o el carácter facticio de sus percepciones resulten ilustrados!" (Pommier, G., "Qué es lo 'Real'", 2005, p. 9). En el texto "Los puentes de oro" podemos ver la lucha del Sujeto para no sucumbir ante el dolor más profundo: "*Luchando para que un olor, un color, el viento, un sonido o una flor, no me llevaran a la reminiscencia de él, para que la muerte no me arrastrara, haciéndome suya. Es un estado muy especial, al que no pude escapar, si no estaba profundamente atenta, me llevaba de las narices. El dolor y la angustia eran el vértigo, y el inicio del descenso, como un ascensor que baja abruptamente al subterráneo más oscuro y pestilente...*" (Jiménez, A., 2004, p.35).

El "cuerpo roto" del hijo es una expresión utilizada en los dos textos, trasladándose a la existencia misma de los Sujetos, ya que para ellos ésta se había roto, se había desgarrado definitivamente: ante la catástrofe que significa la muerte de un hijo, el Sujeto siente la necesidad de "agarrar algo", "*de recopilar lo desparramado, lo destrozado*", porque se trata "*de tu cuerpo destrozado, mutilado, es el cuerpo del hijo mutilado que se hace en ti*" (Vera, I., 2003, p. 29). Es el choque con lo Real, con aquello que el Sujeto no puede simbolizar, razón por la cual se ve obligado a hacer el circuito que hemos señalado. Así, desde su lugar de Sujeto se traslada al lugar del Otro materno para, desde allí, enfrentar la Muerte del Hijo a través de la Escritura.

Sólo a través de ella el Sujeto logra simbolizar aquel “registro emocional de lo imposible, de lo inimaginable” (Vera, I., 2003, p. 63).

5.1.1.2.2. Sujeto – Otro materno.



Para enfrentar la Muerte del Hijo, el Sujeto debe transitar desde su lugar como Sujeto hasta el lugar del Otro materno. Para el Sujeto de “Los puentes de oro” esta relación la podemos ver en la siguiente cita: “*En lo personal, tuve una experiencia de vuelta a la vida a muy temprana edad, 24 años, durante una operación a raíz de un embarazo tubárico. En ese momento no pude dimensionarlo. Pero, a lo largo de mi vida, esa experiencia se sumó como parte importante de mis decisiones en la vida diaria y espiritual*” (Jiménez, A., 2004, p. 23). Esta experiencia que vivió el Sujeto que identificamos en esta cita, relacionada con la muerte y el embarazo, nos refiere que esa vivencia “... *abrió algunas fronteras que me alertaron a buscar caminos hacia ‘algo’ que resonara dentro de mí*” (Jiménez, A., 2004, p. 23). Nos parece que ese *alertarse para buscar caminos hacia algo*, podría estar presente como significante, el que podría encontrarse en el lugar del Otro materno.

5.1.1.2.3. Otro materno – Escritura.

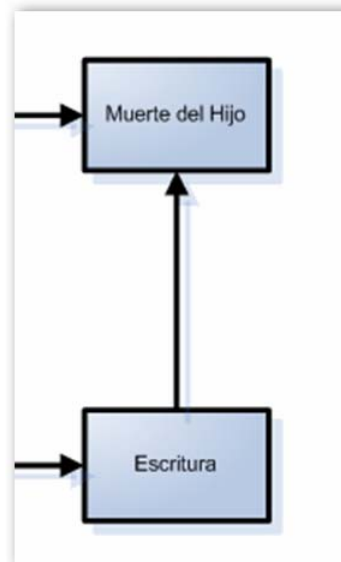


Es desde el lugar del Otro materno, utilizando los significantes que este lugar le otorga, que el Sujeto se despliega a través de la escritura, es decir, su discurso estará permeado por los significantes del lugar del Otro materno. En “Cris o la plenitud del vacío” encontramos esta relación en la cita que da cuenta de lo que embarga al Sujeto después de seis meses de la pérdida del hijo: *“Se me empezó a pasar la nebulosa y protectora sensación de realidad, irrealidad, viva, muerta y comenzó la inevitable confirmación de la ausencia definitiva. Los sentimientos eran otros, ya no era ni un alivio ni un desalivio escribir en mi cuaderno, era la realidad pura, la ausencia pura”* (Vera, I., 2003, p. 85).

Esa *“ausencia pura”* nos recuerda ese *“sentimiento más puro”* que analizamos cuando vimos al Otro materno como lugar. Pareciera, entonces, que la escritura, perteneciente al orden de lo simbólico, incorpora los significantes que constituyen ese lugar del Otro materno, esa red de

significantes que forman ese lugar estable y fijo que ocupa el Sujeto al devenir en Sujeto materno.

5.1.1.2.4. Escritura – Muerte del Hijo.

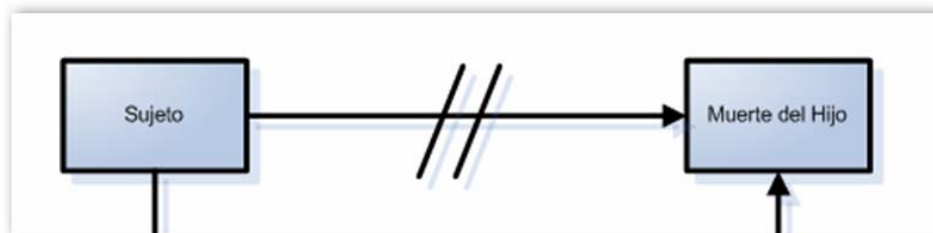


En la relación entre Escritura y Muerte del Hijo se encuentra la tarea más difícil para el Sujeto, a saber, la de simbolizar la pérdida. En “Los puentes de oro” podemos encontrarla en la cita: *“Fue un contacto tan fluido y sabio que aportó mucho a mi vida, y a la de sus seres queridos, al saber que sí existe vida y unión después de la muerte, que la separación es sólo un instante. Nosotros somos los encargados de construir esos puentes que traen la posibilidad de cruzar el abismo”* (Jiménez, A., 2004, p.21). Es en esta relación donde podemos ubicar el significante principal que cruza el texto, significante que el Sujeto hizo suyo desde el lugar del Otro materno. En este caso se trata de *puente*. Más adelante trabajaremos esta relación.

Asimismo, en “Cris o la plenitud del vacío” podemos ver la dificultad que implica realizar el trabajo significativo para el Sujeto: *“Estoy en tu dormitorio, dormitorio que casi he convertido en lugar de trabajo para mí. No*

es fácil entrar, no es fácil sentarme, no es fácil sentarme a escribir. Cada paso es un evento consciente. Muchas cosas dejan de ser automáticas y pasan a formar parte de ese mundo consciente de tu ausencia. La ausencia es absolutamente presente, está a cada rato, en cada cosa, en un joven de pelo largo, en un joven de pelo corto, en un joven, y en una joven, una joven dispuesta a vivir, investigar, sentir, rebelarse, enojarse con el mundo por cómo es, esas jóvenes que tú estarías escuchando, pensando, mirando con ojos de todo tipo” (Vera, I., 2003, p. 14). Esa ausencia del hijo, que está a cada rato y en cada cosa, debe ser simbolizada a través de la escritura.

5.1.1.3. Bloqueo.



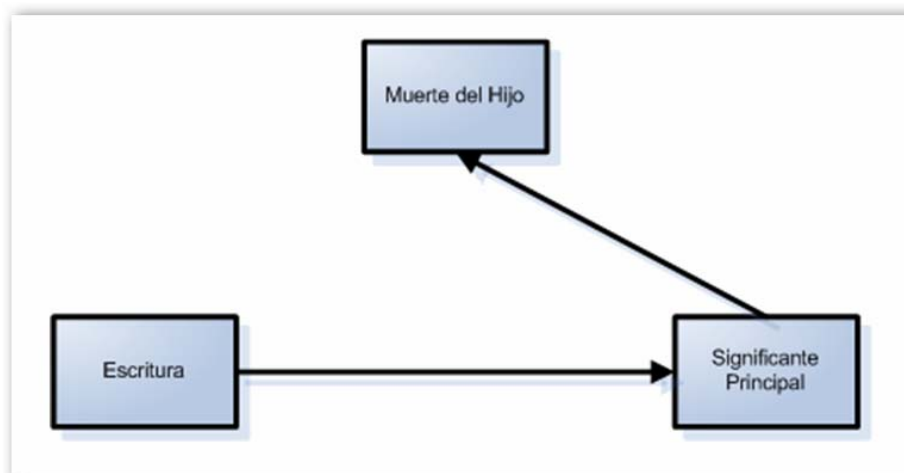
La línea cortada entre el lugar del Sujeto y aquel de la Muerte del Hijo da cuenta de la imposibilidad del tránsito del uno al otro. Ya que podemos ubicar Muerte del Hijo como parte del registro de lo real, debido a su imposibilidad de simbolizarse, y siendo lo real en sí mismo “*un agujero, una abertura en pleno orden simbólico*” (Soca, J. J., 2006c, p. 6), el Sujeto no puede entrar en contacto con él de manera directa, ya que, para que ello

ocurra, es necesario que los tres registros –lo Real, lo Imaginario y lo Simbólico- estén desanudados. Como sabemos, esto ocurre en la psicosis. En el caso de los textos que estamos analizando, el Sujeto debe llenar ese agujero dejado por lo real, a través de un trabajo significativo, es decir, simbólico, bordeando lo real: *“Todo era aterrador. Mis pies no podían sostenerse del todo. Juan Manuel me afirmaba por atrás, manteniéndome casi en vilo. Creí que no podría con ese infierno. Sentí tragarme el corazón en pedazos. Vi la locura a través del dolor desgarrador, conocí el infierno en la tierra y, en ese mismo espacio, contacté con el más allá”* (Jiménez, A., 2004, p. 35).

5.2. ¿De qué forma la escritura se acerca a la muerte del hijo?

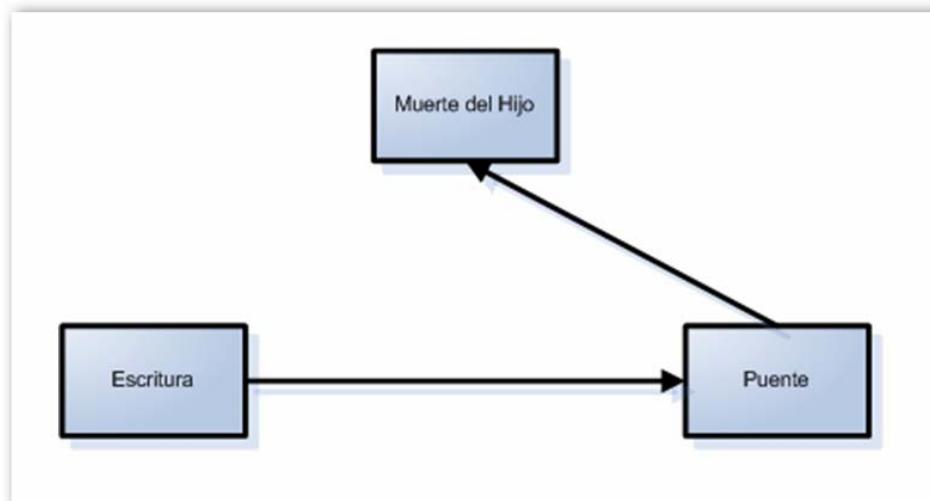
Cuando comprendemos que los textos son escritos por razones paliativas, es decir, que intentan reparar la pérdida del objeto amado por medio de un trabajo significativo, debemos distinguir cuál es ese significativo que atraviesa todo el discurso. Sin olvidar el esquema anterior, advertimos que el Sujeto utilizará un significativo que, además, estará relacionado con ese Otro materno. Si bien el esquema señalado es común en los dos casos, no podemos pensar que el significativo principal que permea cada texto será el mismo. Por el contrario, cada uno de los textos analizados porta un significativo principal que le es particular y propio.

5.2.1. Esquema Significante Principal



En el denominado “Esquema del Significante Principal” daremos cuenta de lo que anteriormente analizamos como relación entre Escritura y Muerte del Hijo, es decir, nuestra pregunta será: ¿qué transporta, qué transita en la relación que une Escritura con Muerte del Hijo? El esquema que expondremos busca ubicar el lugar del significante principal en relación a la Muerte del Hijo, en cada Sujeto de la escritura, entendiendo por significante principal aquel objeto o palabra significativa que permea el discurso presente en el texto y que es poseedor de múltiples significaciones para el Sujeto. Veremos que, para el texto “Los puentes de oro”, ese significante es *puente*, y, para el texto “Cris o la plenitud del vacío”, el significante es la palabra *vacío*.

5.2.1.1. *Significante Principal en “Los puentes de oro”.*

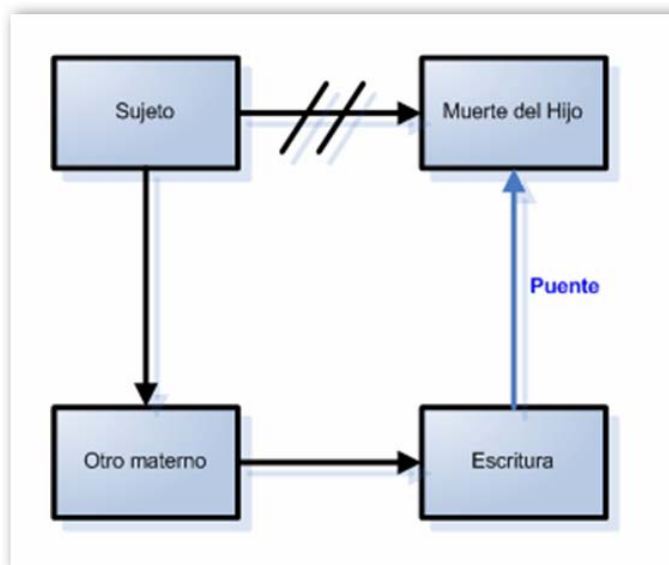


El lugar del Significante Principal lo podemos ver en las siguientes citas: *“En este caso, había que reparar el corazón: ‘lo traspasó el avión’, dejando un tremendo forado que no dejaba fluir la vida ni sus torrentes. Había que construir puentes de conexión entre esos dos extremos”* (Jiménez, A., 2004, p. 17-18).

“Hay tabúes y miedos acerca de cómo pasar o vivenciar un momento aterrador. Pero uno puede aprender a atravesar el dolor, dándole espacio e internalizándolo como parte permanente de tu vida, donde necesitas dar cabida al misterio, construyendo puentes de unión” (Jiménez, A., 2004, p. 18).

“Fue un contacto tan fluido y sabio que aportó mucho a mi vida, y a la de sus seres queridos, al saber que sí existe vida y unión después de la muerte, que la separación es sólo un instante. Nosotros somos los encargados de construir esos puentes que traen la posibilidad de cruzar el abismo” (Jiménez, A., 2004, p. 21|).

“El conectarme con una mejor energía durante el duelo, fue un aprendizaje lento y costoso. Pero, finalmente, sí valió la pena el esforzarme a cruzar el abismo, preparando los hilos para tejer verdaderos puentes de oro que pasaban sobre mi gran hoyo —el que también fue tomando otra dimensión en mi corazón—, ayudándome a transitarlo en lugar de caer abruptamente en la negrura del abismo” (Jiménez, A., 2004, p. 50).

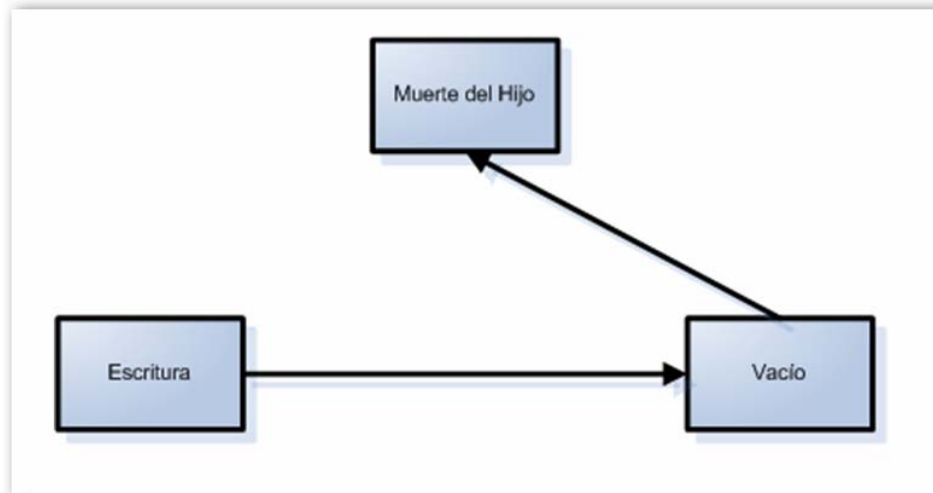


Hemos seleccionado las referencias anteriores, pertenecientes a los capítulos del libro llamados: “Así se inició”, “Los primeros días” y “Duelo y desapego”, para

indicar la presencia del significante en el texto. Así, *puente*, palabra que también forma parte del título del texto, es el Significante Principal.

Es gracias a este significante que el Sujeto puede enfrentarse a la muerte del hijo, permitiéndole trazar un camino desde el Sujeto hasta la Muerte del Hijo. De esta manera, el “Esquema del Duelo”, como ya se señaló, requiere del significante proveniente del registro de lo Simbólico para que el Sujeto enfrente lo Real. En este caso, se trata de *puente*, el que hace las veces de verdadero puente entre los distintos lugares del “Esquema Significante Principal”.

5.2.1.2. *Significante Principal en “Cris o la plenitud del vacío”*



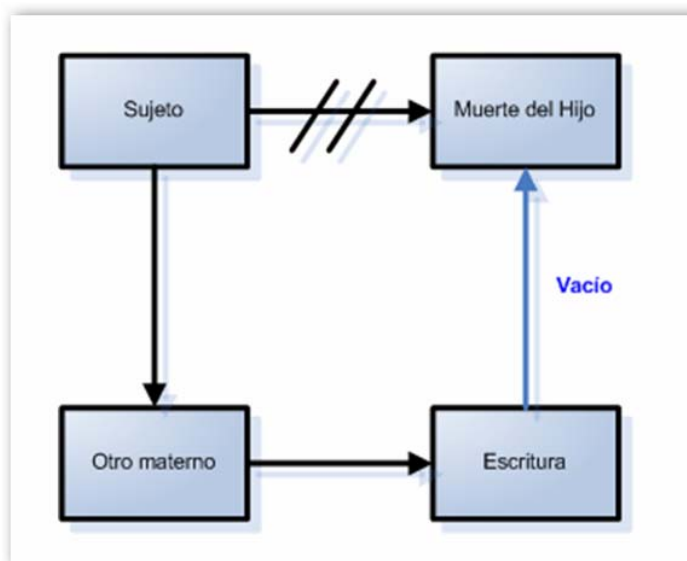
El lugar ocupado por el Significante Principal en el discurso de este texto es la palabra *vacío*. Al igual que el texto anterior, este significante aparece en el título del libro, dando cuenta de su importancia para el Sujeto de la escritura. También lo podemos encontrar en las siguientes citas: “*Soledad y vacío, vacío indescriptible, todo sigue tan terriblemente irreal y a la vez, terriblemente real, como dice la Isa en su hermosa carta de hoy. No quiero copar con la vida*” (Vera, I., 2003, p. 34).

“*Es un vacío de paredes, de dormitorio, de una guitarra, de un cuatro, de un poncho. Un vacío donde la presencia no está, está todo pero no está él. Todo indica que podría estar, hasta los colores, pero no está. El movimiento, la risa de sus amigos, pero él no está. El ser se siente, pero no es suficiente*” (Vera, I., 2003, p. 38).

“*Pero uno regresa, vuelve al pánico de la casa vacía y ausente de Cris, todo de nuevo. Volver a caminar con susto y de costado por su dormitorio vacío, con una esperanza extraña de ver si algo ha cambiado: ¿hay huellas de movimientos de frazadas y sábanas? No hay. Está vacío, pero al menos está calmo...*” (Vera, I., 2003, p. 79).

“Las calles vacías de Cris, las esquinas vacías de Cris, los grupos de jóvenes vacíos de Cris, la atmósfera de la presencia del Cris” (Vera, I., 2003, p. 80).

Hemos seleccionado las referencias anteriores, pertenecientes al capítulo del libro llamado “El corte”, para indicar la presencia del significante en el texto. Así, *vacío* es el Significante Principal.



Al igual que en el caso anterior, este Significante Principal permite al Sujeto enfrentarse a la muerte del hijo. Además, como veremos más adelante, posee significaciones

distintas, es decir, se va modificando, por lo que con él “*algo nuevo se traza*” (Rodulfo, R., 1996, p. 24).

A pesar de la aparente diferencia que existe entre los dos significantes principales, uno para cada discurso, podemos comprender que ambos

buscan el mismo fin, el cual es darle un sentido a la muerte del hijo. Ya sea *punte* como un conector de un lugar a otro, o *vacío* como lugar de lo *sin respuestas* o *carente de respuestas*. Ambos permiten reenfocar al Sujeto ante la pérdida del objeto amado.

5.3. ¿Cómo se estructuran los dos textos analizados?

A continuación, para responder a la tercera interrogante que nos planteamos, veremos las cadenas de significantes que se ponen en juego en cada uno de los discurso presentes en los textos que estamos analizando. Para ello, hemos realizado un corte que nos permita exponer algunos de los significantes que cruzan los capítulos seleccionados de los dos libros.

5.3.1. Cadenas de significantes en “Los puentes de oro”

Siguiendo la afirmación de Lacan, en el sentido de que el término cadena significante puede representarse como “*anillos cuyo collar se sella en el anillo de otro collar hecho de anillos*” (Lacan, J., 1985, p. 481), hemos construido un esquema para una cadena de significantes del discurso presente en el libro “Los Puentes de oro”. Para ello hemos seleccionando los capítulos “Arequipa”, “Duelo y desapego” y “Trabajando el desapego”, donde

encontramos los significantes *Poesía*, *Puente*, *Voz de Claudio* y *Cambio de punto de encaje*, todos los cuales forman una cadena de significantes.



Ya hemos transcrito la poesía que el Sujeto recuerda haberle escuchado a su madre cuando era niña:

*“... No son muertos
los que en dulce calma la paz reposan
en las tumbas frías.
Muertos son aquellos
que muerta tienen el alma y viven todavía...”*

(Jiménez, A., 2004, p. 51).

Precisamente a esta poesía, y no a otra, nos referimos cuando decimos que *poesía* es uno de los significantes que transitan por el texto.

Resulta particularmente interesante la relación que éste tiene con otro significante puesto en juego. Nos referimos a *punte*, significante que permite cruzar el dolor del duelo por la muerte del hijo: “¿Cuándo iba a pensar que esta poesía también encajaría en mi comprensión de la vida y la muerte?” (Jiménez, A., 2004, p. 51). La poesía relativiza los estados de vida y de muerte, y *punte* permite unirlos, otorgando la posibilidad del tránsito y su conexión: cuando los aparatos eléctricos se prendían o apagaban solos, “me sanaba el alma. Era, por un instante, elevar un puente al cielo” (Jiménez, A., 2004, p. 52). Esos pequeños eventos eran la manifestación de que su hijo estaba presente y vivo.

Este significante, a su vez, se relaciona con el significante *cambio de punto de encaje*: “¿Cuándo iba a pensar que esta poesía también encajaría en mi comprensión de la vida y la muerte? Y mi madre, a pesar de sus 82 años, tuvo la lucidez y la fuerza para hablarme firme y golpeado, haciéndome cambiar el punto de encaje” (Jiménez, A., 2004, p. 51). En efecto, el significante *cambio de punto de encaje* aparece primeramente en el texto como el cambio de un punto a otro, de un estado de ánimo a otro: “Quedarme pegada en un punto me empobrece, ‘no cambiar el punto de encaje’, poder salirse de la situación puntual que te atrapa, haciéndote suya. Personalmente, me ha servido mucho aprender a mover el punto de encaje,

reconocer cuando estoy pegada y buscar la forma de salir de esa energía lineal...” (Jiménez, A., 2004, p. 22. Las cremillas corresponden a una cita del libro “El arte de soñar”, de Carlos Castaneda). En uno de sus sueños vemos operar el significante *voz de Claudio*, donde le dice: “*Recuerda, no estoy muerto, no me deben llorar por muerto... Al fin tiene sentido mi vida. Y estoy muy vivo...*”. Cuando ella despertaba, “*era imposible no cambiar el punto, volvía a tener esa pequeña gran fe que me permitía volver a estar presente en la vida y ampliar su sentido, sobre todo al ir experimentando que, al cambiar el cuadro, podía cambiar el punto de encaje, es decir, salir del dolor*” (Jiménez, A., 2004, p. 55).

Ahora podemos relacionar el significante *cambio de punto de encaje* con el significante *puente*. En efecto, el significante *cambio de punto de encaje* permite que el Sujeto salga del dolor de la muerte del hijo, posibilitando que se desapegue “*de la experiencia traumática y puntual, sintiendo que es una vivencia dolorosa, horrorosa, pero no la totalidad de la vida*” (Jiménez, A., 2004, p. 55). De esta manera, los significantes *puente*, *cambio de punto de encaje* y *poesía* se relacionan entre sí en una cadena de significantes.

Por último, el significante *voz de Claudio* cierra, de alguna manera, la cadena de significantes que hemos señalado, ya que es la manifestación concreta de la presencia del hijo después de la muerte. Cuando buscaba el cuerpo de su hijo para reconocerlo y repatriarlo a Chile, junto a su marido y un vecino que los acompañó, decidieron separarse para la búsqueda. *“Seguimos hacia las demás salas. Cuando estábamos en la penúltima, algo me dijo en mi lado izquierdo: ‘El calzoncillo, mami, ¡AHORA! El calzoncillo’. Yo giré como por un resorte”* (Jiménez, A., 2004, p. 35). Más adelante, cuando estaba intentando recuperar el cuerpo que pensaba que era el de su hijo, *“se empezó a juntar mucha gente. En eso me hablaron nuevamente. Era la voz a mi lado izquierdo: ‘Mami, acuérdate que uso dos pares de calcetines”* (Jiménez, A., 2004, p. 36). Este significante, también presente en otros lugares del discurso en el texto, da cuenta de una presencia que relaciona la vida y la muerte con la misma significación que lo hacen los otros significantes analizados: entre ambas dimensiones hay un puente que las une, un puente que permite la comunicación entre ellas, donde los muertos pueden estar vivos. Y, por último, este significante potencia al significante *poesía*, ya que dicha voz es la encarnación de que los muertos están vivos.

5.3.2. Cadenas de significantes en *“Cris o la plenitud del vacío”*

A continuación veremos la cadena de significantes en el discurso presente en el texto “Cris o la plenitud del vacío”. Al contrario del análisis que realizamos con el texto anterior, en esta ocasión hemos optado por dar cuenta de la cadena de significantes que se encuentra en el conjunto del discurso presente en el texto “Cris o la plenitud del vacío”, y no hacer un corte de capítulos. Así, hemos encontrado los siguientes significantes a lo largo del texto: *vacío*, *mirada de niño* y *dolor puro*.



Nos hemos referido al significante *vacío* como el significante principal del discurso que analizamos, aunque no hemos mencionado que éste posee, a lo menos, dos significaciones: la primera de ellas, y que veremos ahora,

está referida a un *vacío negativo*, que perturba al sujeto y que se relaciona a la ausencia del hijo, a su desaparición: “Ese fue un abrazo en que intenté sentir algo, no es que no sintiera, no sentía al ‘otro’, cualquier otro no existía para mí, sólo existía el Cris, el espanto, el dolor y el vacío” (Vera, I., 2003, p. 21). También lo podemos ver, más claramente, en la cita siguiente: “Las

calles vacías de Cris, las esquinas vacías de Cris, los grupos de jóvenes vacíos de Cris, la atmósfera de la presencia del Cris” (Vera, I., 2003, p. 80). Por último, también está en “Hasta el vacío lo puedo comprender. Es cosa de pararse en la cima de un acantilado para sentirlo, también se siente cuando estamos en otras cimas, subjetivas éstas, las que más nos descomponen. Mi problema es que este vacío no estaba vacío, estaba colmado de dolor e incertidumbre” (Vera, I., 2003, p. 96). La segunda significación la analizaremos más adelante, en su relación con los demás significantes de la cadena de significantes del discurso.

El significante *vacío*, tal como lo hemos visto hasta ahora, está relacionado al significante *mirada de niño*, significante que podemos encontrar en la cita: *“La soledad que uno siente ante la pérdida de un hijo no tiene otra salida que la soledad. Es la soledad ante la inmensidad del cosmos que le preguntes lo que le preguntes, reclames lo que reclames, nada ni nadie te va a responder lo que esperas. Es la soledad de la no respuesta, de la intemperie emocional, que no es desierto, es más bien una tormenta húmeda que amenaza con ahogarte. Te llueve y te llueve por fuera y por dentro, y sólo atinas a quedarte de brazos abiertos, diciéndote constantemente ¿y ahora qué?, ¿y ahora qué? Es la vivencia de la pequeñez ante lo absurdo, es la mirada atónita del niño que, por primera vez, mira el*

cielo lleno de estrellas, y esa sobreabundancia de diminutas luces lo confunde entre la magnificencia de lo desconocido y el horror de que lo absorba por su sola inmensidad y misterio” (Vera, I., 2003, p. 124-5). Se trata, entonces, de un significante vinculado con la imposibilidad de comprender la muerte del hijo: *“La incertidumbre estaba instalada, estaba adentro, estaba afuera, es esa mirada embobada de quien no comprende nada”* (Vera, I., 2003, p. 46). Esta incompreensión del evento traumático se debe, entre otras causas, a que éste no tiene sentido para el sujeto, es producto de un sin sentido absoluto: *“Aquí hay una pérdida del sentido que es total, es absoluta. Sólo aceptando la pérdida del sentido total, quedándose en la duda, en el sin sentido, en la incertidumbre, en la incerteza, es posible empezar a sentir la vida de nuevo. No es un problema de búsqueda de sentido (...). Jamás voy a pensar que la muerte del Cris tiene un sentido, eso no tiene sentido”* (Vera, I., 2003, p. 37). Es importante este pequeño rodeo que hemos realizado para expresar toda la riqueza de significaciones que tiene el significante *mirada de niño*.

Por último, *dolor puro* es el significante que cierra la cadena de significantes que establecimos para nuestro análisis: *“Mi madre también perdió un hijo, (...) ¿cómo habiendo ella vivido una experiencia como la mía no era capaz de decirme algo más? (...). Mi madre me tomó la mano y me*

dijo: Isabel, el dolor por la pérdida de un hijo es el sentimiento más puro que el ser humano puede experimentar. No entendí el significado en ese momento. Nuevamente me calmó sin saber mucho por qué, pero sentí que sus palabras tenían un sentido profundo y las guardé” (Vera, I., 2003, p. 74-75. En negritas en el libro). Este significante, entregado por la madre, redefine la pérdida al darle un sentido profundo a la experiencia que estaba viviendo: “Dolor profundo que es pura vida y que es imposible de comprender, a menos que esté el dolor puro, ese ante el cual una se queda con los brazos en banda y en estado completo de perplejidad, de indefensión, ese sentimiento del que me habló mi madre una vez” (Vera, I., 2003, p. 107).

De esta manera, el significante vacío adquiere su segunda significación: ya no como pura ausencia, sino *“un vacío distinto, ya no era el vacío horroroso del comienzo, era el vacío de la soledad. Yo no sé si este dolor pudiera ser menos catastrófico si viviéramos en una cultura más humana, que acogiera más lo humano de nosotros y menos ese espectacular disparo de la mente que nos conduce, obsesivamente, a buscar más allá de nosotros mismos en la tecnología, en las apariencias, en el esfuerzo, hasta reventar para conseguir y conseguir cosas materiales o de supuesto bienestar”* (Vera, I., 2003, p. 93-94). Se trata de la aceptación del

sinsentido y de lo irracional, a través de la *mirada de niño*, de aquello que no tiene respuestas, encontrando el *vacío* que le permite aceptar la pérdida del objeto amado. En nuestro esquema de la cadena de significantes es el mismo significante *vacío*, aunque adquiere una significación positiva. De allí que hayamos trazado una flecha que tiene una dirección, movilizándose desde el significante *vacío* en su acepción negativa hacia el mismo significante, pero en su acepción positiva.

Este movimiento que se produce en la cadena de significantes nos permite, asimismo, hipotetizar un movimiento en el nombre del libro que analizamos. En efecto, si modificamos algunas de sus letras y palabras, podemos observar que “Cris o la plenitud del vacío” bien podría llamarse “Cris *en* la plenitud de la *vida*”, ya que el significante *vacío*, en su segunda significación, permite una apertura a la comprensión sobre la vida y la muerte como una dimensión cargada de sentidos y de sin sentidos. Gracias a la resignificación de *vacío* hacia el *dolor puro*, es posible que el significante *vacío* se transforme en un significante que abarca la plenitud (Cris o la plenitud del vacío). El significante *dolor puro* tiene la virtud, para el sujeto, de permitirle significar la pérdida del objeto amado de una manera diferente, no ya como “*ese fondo de reproches que supone el hecho de que, de la realidad de aquel a quien se ha perdido, sólo se quiera recordar la pena que dejó*”

(Lacan, J., 2006, p. 46), sino como una aceptación de su partida y un contentamiento porque haya existido.

6. CONCLUSIONES

Luego de analizar ambos textos intentando dar cuenta de la estructura de los mismos, hemos llegado a algunas conclusiones. En primer lugar, nos parece que existe un patrón en ambas obras, de acuerdo a lo expuesto en el “Esquema del Duelo”. Siguiendo dicho esquema, el Sujeto de los textos pareciera hacer un recorrido desde el lugar del Otro materno para, desde allí, enfrentarse a la muerte del hijo a través de la escritura, entendida ésta como un trabajo significativo.

En segundo lugar, a pesar de que ambas obras presentan esta misma estructura, utilizarán distintos significantes para simbolizar la pérdida, es por ello que vemos que son textos que se plantean desde miradas epistemológicas distintas para llegar a resoluciones diferentes respecto al proceso de duelo que expresan. De esta manera, existe un significante principal, proporcionado desde el lugar del Otro materno, que permea el texto, entendido como discurso. Este significante posee todas las características que señalamos en nuestro “Marco Teórico”: se repite a lo largo de todo el discurso; al incorporarse al discurso del Sujeto, algo nuevo se traza; siempre tiene una dirección; es traspasado de generación en generación, es decir, está más allá de lo individual.

Estos son, para nosotros, los modelos generales que se pueden aplicar para analizar las obras escritas por madres que han perdido un hijo adolescente en un evento violento o traumático. La función que cumple la escritura en estos casos, tal vez pueda sustituirse por otra forma de simbolización o de expresión, como son la pintura, la música, el trabajo científico u otras. Así, nos planteamos la pregunta ¿cualquier tipo de expresión logrará simbolizar la pérdida del objeto amado? Y, de ser así, ¿existirá una diferencia entre las expresiones que pueden cumplir esa función, en términos de mayor o menor eficiencia?

Pensamos que la escritura cumple una función específica, única, ya que a través de ella, no sólo es posible el trabajo de simbolización sino que el sujeto, asimismo, rememora el cuerpo reprimido. La palabra ordena, jerarquiza y, también, crea mundos y realidades. Esta es su función simbolizadora. Pero no sólo se trata de una sublimación de la libido o energía sexual, como podría serlo la expresión musical o la investigación científica, entre otras, sino que hay en la escritura algo particular relacionado con el goce reprimido. El sujeto de la escritura evoca el cuerpo reprimido permitiéndole no ser pura ausencia.

A través de la escritura, las autoras acceden a la posibilidad de reordenar el cuerpo fragmentado, lo infinito, lo sin contorno, lo ilimitado de la experiencia con lo real, con la muerte del hijo. El cuerpo fragmentado del hijo como imagen especular de la propia fragmentación, experiencia anterior al advenimiento del lenguaje. Será la escritura la encargada de reponer los límites, los contornos, la ley que reestructura al sujeto.

Por último, nos parece importante señalar que nuestra investigación nos muestra cómo el lenguaje permite que el sujeto que experimenta un evento traumático, pueda simbolizar dicho evento y, con ello, significarlo e incorporarlo a su *“realidad psíquica”*, tal como Freud la entendía. Es a través del lenguaje que el sujeto reconstruye, simbólicamente, el objeto perdido, en una *“tarea que sería la de consumir una segunda vez la pérdida del objeto amado provocada por el accidente del destino. Y sabe Dios cuánto insiste, con razón, en el aspecto detallado, minucioso, de la rememoración de todo lo que se ha vivido del vínculo con el objeto amado”* (Lacan, J., 2006, p. 362). En el caso de nuestras autoras, ellas recorren un camino simbolizando la pérdida, camino que conocemos como duelo. Y serán los recuerdos de la infancia y de la vida del hijo perdido, quienes las acompañarán en este proceso.

El lenguaje, asimismo, ha sido el vector que ha cruzado nuestra Tesis de una manera transversal, no sólo porque hemos trabajado con textos escritos sino porque “*el mundo es un ordenamiento por la palabra, un campo de significaciones. El hombre viviente es un viviente afectado por la palabra*” (Delgado, J. , Gutiérrez, J., 1995, p. 466 y 481). En efecto, hemos analizado el discurso de dos madres que han perdido a sus hijos, a través de sus producciones escritas durante el proceso de duelo, es decir, de las obras que han gestado desde su propia experiencia. Para alcanzar los objetivos propuestos en nuestro trabajo, nos hemos visto obligados a recurrir a una extensa y amplia bibliografía, o sea, a otras producciones escritas. También hemos debido trabajar con el lenguaje, de manera de originar nuestra propia producción escrita. Nos parece, entonces, que el título de nuestra Tesis: “Escrituras de duelo: Un estudio aproximativo”, podría llamarse “Escrituras de duelo: Un estudio aproximativo *desde la escritura*”.

7. BIBLIOGRAFÍA

- Allende, I. (1994). *Paula*. México: Random House
- Ander-Egg, E. (1995). *Técnicas de investigación social*. Argentina: Lumen
- Bunster, V. (s.f.). *Proceso de duelo: una perspectiva evolutiva*. Archivo Universidad Academia de Humanismo Cristiano
- Covarrubias, E. (1999). Terapias de duelo. En R. Lister (Ed.). *Los puentes entre el Duelo y la Esperanza*. (pp. 37-53). Chile: LOM
- Delgado, J. y Gutierrez, J., (1995). *Métodos y Técnicas Cualitativas de Investigación en Ciencias Sociales*. Madrid: Síntesis
- Díaz, L. y Rolla, X. (2006). *Los procesos de elaboración del duelo en madres, pertenecientes a la Corporación Renacer, que han perdido de manera abrupta a uno de sus hijos*. Tesis de Licenciatura en Psicología no publicada, Universidad Academia de Humanismo Cristiano
- Duverger, M. (1972). *Métodos de las Ciencias Sociales*. Barcelona: Ariel
- Freud, S. (1986). *Tres ensayos sobre teoría sexual*. Argentina: Amorrortu

- Freud, S. (1972). *La interpretación de los sueños Tomo 2*. Madrid: Alianza
- Freud, S. (1997). *Duelo y Melancolía*. España: Losada
- García, F., Ibáñez, J. y Alvira, F. (2000). *El análisis de la realidad social, métodos y técnicas de investigación*. Madrid: Alianza
- Godoy, I. y Gutiérrez, A. (2004). *Estudio exploratorio-descriptivo: algunas experiencias de duelo en niños/as, desde su subjetividad: pérdida del padre y conformación de una nueva familia*. Tesis de Licenciatura en Psicología no publicada, Universidad Academia de Humanismo Cristiano
- Hernández, R., Fernández, C. y Baptista, P. (1991). *Metodología de la investigación*. México: McGraw-Hill
- Jiménez, A. (2004). *Los puentes de oro*. Santiago: Autoedición
- Kristeva, J. (1991). *Sol negro. Depresión y melancolía*. Venezuela: Monte Avila
- Lacan, J. (1985). *Escritos 1*. Argentina: Siglo XXI
- Lacan, J. (1996). *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Argentina: Paidós
- Lacan, J. (2005). *Seminario 7 – La ética del Psicoanálisis*. Argentina: Paidós
- Lacan, J. (2006). *Seminario 10 – La Angustia*. Argentina: Paidós

- *Lingüística y significación.* (1979). Barcelona: Salvat
- Maingueneau, D. (2003). *Términos clave del análisis del discurso.* Buenos Aires: Nueva Visión
- Melman, C. (2002). *El complejo de Colón y otros textos. Clínica psicoanalítica y lazo social.* Bogotá: Cuarto de Vuelta
- Mella, O. (1995). Cualitativo y Cuantitativo: Dos Formas de Hacer Sociología. En M. A. Garretón y O. Mella (Eds.). *Dimensiones Actuales de la Sociología.* (pp. 13-36). Chile: Bravo y Allende
- Mistral, G. (2005). *Oraciones a Yin y por Yin.* Chile: Consejo Nacional de la Cultura y las Artes
- Mueller, F. (1997). *Historia de la psicología.* México: Fondo de Cultura Económica
- Poissonnier, D., (1999). *La pulsión de muerte.* Argentina: Nueva Visión
- Pommier, G. (1996). *Nacimiento y renacimiento de la escritura.* Argentina: Nueva Visión
- Pommier, G. (2005). *Qué es lo real.* Argentina: Nueva Visión
- Quevedo, M. (s.f.). El niño en el discurso psicoanalítico: Una contribución para la comprensión de la clínica psicoanalítica con niños en el marco de la neurosis, psicosis y autismo infantil. Tesis de Magíster en Psicología Clínica no publicada

- Raimbault, G. (1997). *La muerte de un hijo*. Argentina: Nueva Visión
- Real Academia Española. (1992). *Diccionario de la Lengua Española* (21ª ed. Vols. 1 – 2) Madrid: Espasa Calpe
- Roccatagliata, S. (2000). *Un hijo no puede morir*. La experiencia de seguir viviendo. Santiago: Grijalbo
- Rodulfo, R. (1996). *El niño y el significante. Un estudio de las funciones del jugar en la constitución temprana*. Argentina: Paidós
- Roger, E. (1997). *edgar morin introducción al pensamiento complejo*. España: Universidad de Valladolid
- Roudinesco, E. y Plon, M. (2003). *Diccionario de Psicoanálisis*. Argentina: Paidós
- Ruiz, J. y Ispizúa, M. (1989). *La descodificación de la vida cotidiana – Métodos de investigación cualitativa*. Bilbao: Universidad de Deusto
- Saussure, F. (1995). *Curso de Lingüística General*. Madrid: Akal
- Semprún, J. (1998). *La escritura o la vida*. España: Tusquets
- Soca, J. J. (2006a). *La histeria hoy: entre lenguaje, cuerpo y cultura. Primera Sesión*. Trabajo presentado para el Diplomado Ejes cruciales de la experiencia analítica, Octubre, Santiago
- Soca, J. J. (2006b). *La histeria hoy: entre lenguaje, cuerpo y cultura. Segunda Sesión*. Trabajo presentado para el Diplomado Ejes cruciales de la experiencia analítica, Octubre, Santiago

- Soca, J. J. (2006c). *Entre Matemas y Nudos. Segunda Parte*. Trabajo presentado para el Seminario Introducción a la topología Lacaniana, Santiago
- Taylor, S. J. y Bogdan, R. (1994). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. España: Paidós
- Vilches, V. (2003). *De(s)madres o el rastro materno en las escrituras del yo*. Santiago: Cuarto Propio